

SOBRE LA MEMORIA Y LA AMNESIA DE LA NIÑEZ *)

DR. ERNEST G. SCHACHTEL **)

La mitología Griega celebra a Mnemosina, diosa de la memoria, como la madre de todas las artes. Ella dio a luz las nueve musas de Júpiter (1). Siglos después del origen de este mito, Platón excluyó a la poesía, hija de la memoria, de su estado ideal por considerarla inútil y seductiva. Mientras que legisladores, generales e inventores eran útiles para el bien común, el hecho de que Homero no fuera sino un trovador ambulante, sin hogar y sin seguidores, probaba cuán inútil era (2). En la Odissea las voces de las Sirenas son tentación para Ulises:

«...Porque nunca ha pasado remando hombre alguno por esta isla, en su barco negro, hasta no haber oído la dulce música de nuestros labios, siguiendo así por su camino alegre y con mayor prudencia. Porque verás que nosotras conocemos toda la historia del trabajo que tanto Griegos como Troyanos sufrieron en la tierra de Troya por mandato del cielo; sí, y además conocemos todas las cosas que por esta tierra fértil pasan».

Su canto irresistible, evocando el pasado, promete un deleite que excluye todo futuro y será el fin de los planes de Ulises para volver a una vida activa y asumir el poder en Itaca. Así evita que los miembros de su tripulación escuchen las tentado-

***) LL. D. Heidelberg 24; Société Internationale de Recherches Sociales Geneve 34-35; International Institute Social Rsc. New York 35-38; Consultor Rorschach Tests Glueck Criminological Rsc. Harvard Law School 39; Conferencista en New School for Social Rsc. 42; Conferencista en el Washington School of Psychiatry 44; Asociado del Washington School of Psychiatry 45; Para bibliografía, véase la sección de lista de referencias en este número.

*) Reimpreso de «PSYCHIATRY: Journal of the Biology and Pathology of Interpersonal Relations», (1947), Vol. X, N° 1.

(1) Las palabras «musa» y «mnemosina» se derivan de la misma raíz «uev» o «uav» Preller, Ludwig, Griechische, Mythologie; Berlín 1872. vol. I, p. 399 nota marginal 1. En alemán, también, las palabras «Gedächtnis» (memoria) y «Dichtung» (poesía) se derivan de la misma raíz «denken» (pensar); «gedenken» (recordar).

(2) Platón, Republica, 599, 600.

ras voces poniendo cera en sus oídos, y él, demasiado curioso para renunciar al placer, se hace encadenar al mástil del buque para no rendirse a su canto y abandonar el futuro.

Esta actitud ambivalente hacia la memoria, especialmente hacia su forma más potente como la que se encuentra en el canto, la épica, el cuento, la poesía, la música, la novela y en todo el arte, ha acompañado la historia del hombre. La moderna y popular actitud tan extendida en los Estados Unidos, el país de la civilización industrial y tecnológica más avanzada —que todo arte y poesía es poco varonil— es la nueva modalidad del tabú platónico. Con esta diferencia: Los contemporáneos de Platón y antes los compañeros de Ulises eran susceptibles a la promesa de felicidad que el canto de las sirenas y de las musas contenía, en forma tal que Ulises y Platón interesados no en el pasado sino en la planificación del futuro tenían que evitar escucharlo. Hoy las masas se han introyectado este antiguo miedo y la prohibición de este canto seductor y, al despreciarlo, expresan y reprimen al mismo tiempo su deseo y su miedo de horizontes desconocidos a los cuales puede abrir las puertas.

La profunda fascinación de la memoria de experiencias pasadas y el doble aspecto de esta fascinación —la irresistible tentación hacia el pasado con su promesa de felicidad y de placer y su amenaza a la clase de actividad, planificación y finalidad de pensamiento y conducta que la civilización occidental moderna fomenta— han atraído a dos pensadores de tiempos recientes quienes han hecho las contribuciones modernas más significativas a los interrogantes antiguos de la mitología griega: Sigmund Freud y Marcel Proust.

Ambos se dan cuenta del antagonismo inherente a la memoria, el conflicto al revivir el pasado y al participar activamente en la vida social presente. Ambos iluminan la naturaleza de este conflicto desde distintos ángulos. Proust, el poeta de la memoria, está listo a renunciar a toda actividad; aún a disfrutar del momento presente, a no preocuparse por el futuro, dejando amistades, el intercambio social, a lo que generalmente la gente considera como vida activa, todo por la sublime felicidad y verdad profunda encontradas en el más esquivo de los tesoros que el hombre haya jamás buscado: «Las Reminiscencias de cosas pasadas». El sigue este conflicto entre la actividad y la memoria hasta en sus más sutiles manifestaciones.

El sabe cómo el soñador puede perder al despertar el recuerdo de su sueño cuando mueve sus miembros, abre sus ojos, cambia la posición de su cuerpo; así también el más leve movimiento puede poner en peligro y disipar el hondo placer de los días en Cambray, recobrado por el sabor de la Madeleine, o la imagen de Venecia, hechizado por la sensación que la desigualdad del pavimento en la casa de la corte de los Guermantes le produjo, lo mismo que le había ocurrido con la desigualdad del pavimento de San Marcos años antes (3). No se atreve a moverse por temor a que la estimulante visión desaparezca. El movimiento corporal es la forma más básica y simple que representa un peligro para la memoria. La acción en sí, la actitud de actividad, aún la actividad de disfrutar el presente inmediato son vistos por Proust como antagonistas, las incompatibles alternativas de la memoria (4). De aquí sólo hay un paso para ver que la memoria que revela la verdadera visión de alguna cosa pasada, la memoria celebrada por Proust, es muy distinta de la memoria voluntaria de todos los días, el instrumento útil que necesita el hombre a cada hora y a cada minuto para recordar una palabra, un número, una fecha; para reconocer a una persona o a un objeto, para pensar en sus planes, tareas, intenciones. Aquella memoria eminentemente utilitaria caracterizada por el mismo hecho que sirve los fines de la vida activa y convencionalmente organizada de la sociedad. Proust habla de la artificialidad y falsedad que nos pinta esta memoria, de su cualidad insípida y uniforme, la cual no puede compararse al sabor único y a las verdaderas cualidades de algo recordado (5).

Si bien para Proust el antagonismo entre la sociedad y la memoria del pasado significativo puede ser resuelto únicamente renunciando a la una o a la otra, Goethe busca reconciliarlas. Cuando en cierta reunión social un brindis fue ofrecido por la memoria, Goethe lo objetó vehementemente con estas palabras: «No reconozco a la memoria en el sentido que Ud. la interpreta. Cualquier cosa que encontremos que sea grande, bella, significativa, no necesita ser recordada desde afuera, no necesita ser buscada ni como dijéramos superpuesta. Más bien desde el

(3) Marcel Proust, *A la recherche du temps perdu*, VIII, *Le temps retrouvé*; Librairie Gallimard, Editions de la Nouvelle Revue Française, París 1927; vol. 2. p. 8.

(4) Referencia nota marginal (3); p. 14.

(5) Referencia nota marginal (3); pp. 11-12.

principio tiene que ser tejida en el material de nuestro más íntimo ser, volviéndose parte de él, creando un nuevo y mejor yo, en esa forma viviendo y convirtiéndose en una fuerza productiva en nosotros. No hay pasado que uno pueda permitirse añorar. Hay solamente lo eternamente nuevo, creciendo de los elementos agrandados del pasado; y toda añoranza genuina debe ser productiva, tiene que crear algo nuevo y mejor» (6).

Freud, no distanciándose de Proust, analiza el problema de la memoria no pensando qué o qué tan bien o qué tanto puede el hombre recordar, sino cómo es de difícil recordar, cuánto se olvida sin ser recuperado solamente con gran dificultad y que el período más rico en experiencia, el período de la primera infancia, es el que generalmente se olvida por completo con excepción de unos pocos fragmentos de memoria aparentemente insignificantes. Freud encuentra esto sorprendente porque «se nos informa que durante estos años que únicamente han dejado unos fragmentos de memoria incomprensibles, hemos reaccionado vivamente a impresiones; que hemos manifestado dolor y placer humanos y que hemos expresado afecto, celos y otras pasiones como nos afectaron entonces» (7). Los pocos fragmentos incomprensibles que datan de la niñez, los considera como «memorias ocultas» (Deckerinnerungen) (8) y su penoso trabajo para descifrar su lenguaje tiene más que un parecido superficial al esfuerzo de Proust para descifrar los caracteres de jeroglíficos de las imágenes de una nube, un triángulo, un campanario, una flor, una piedra —una tarea muy difícil, pero el único camino hacia las verdaderas memorias encerradas en estos signos que han parecido ser objetos materiales o sensaciones (9) indiferentes. Fue Freud quien hizo el descubrimiento que un conflicto que desemboca en represión es responsable de la dificultad de descifrar y recordar el pasado. Su muy conoci-

(6) Traducción del autor de Goethe's Gespräche; Herausgegeben von Flodoard Freiherr von Biedermann; vol. 3, Leipzig 1910, p. 37, (Nov. 4, 1823). Compárese con «Les vrais paradis sont les paradis qu'on a perdu» de Proust. Referencia nota marginal (3); p. 13. (Véase 7) y (8) en la página siguiente).

(7) Sigmund Freud, Three Contributions to the Theory of Sex. In the Basic Writings of Sigmund Freud; Random House, New York 1938, p. 581.

(8) Sigmund Freud, Psychopathology of Everyday Life; véase referencia nota marginal (7); pp. 62-65.

(9) Referencia nota marginal (3); p. 24.

da explicación de la amnesia de la niñez es que el olvido de experiencias infantiles se debe a la progresiva represión de la sexualidad infantil, la cual llega al máximo de sus manifestaciones en los tres y cuatro primeros años de vida. Esta represión es provocada por las «fuerzas psíquicas de asco, vergüenza y las demandas del ideal estético y moral» (10). Estas fuerzas tienen la aprobación de la sociedad, son producto de la sociedad, son parte y sirven los fines de la misma organización convencional de la vida de sociedad, la cual forma todas las actividades sociales y esa memoria «uniforme» en la que Proust vio los antagonistas irreconciliables del verdadero recuerdo de cosas pasadas.

El objeto de este ensayo es explorar más a fondo la dinámica de este conflicto en la memoria, el cual lleva al fenómeno sorprendente de la amnesia de la niñez, lo mismo que a la dificultad, encontrada por Proust pero más oculta para el común de las gentes, de recobrar alguna imagen verdadera de experiencia pasada. Hablar de un conflicto en la memoria es una abreviación conveniente; formulada en forma más explícita y exacta, la intención de esta presentación es arrojar luz sobre algunos de los factores y conflictos entre el hombre y su sociedad, los cuales hacen difícil sino imposible el recuerdo del pasado y especialmente, de la primera infancia.

Es obvio que el concepto de memoria que este análisis presupone, no puede ser el concepto impersonal, artificial, aislado

(10) Referencia nota marginal (7); p. 583. Freud asevera que el desarrollo de estas fuerzas durante el período de estado latente es orgánicamente determinado y que «ocasionalmente puede ser producido sin la ayuda de la educación». Es sorprendente que el hombre que descubrió, exploró, describió y puso énfasis en repetidas ocasiones sobre el conflicto entre la cultura, la sociedad y el instinto sexual, haya venido a atribuir el origen ontogenético de las inhibiciones sexuales a factores orgánicos como si quisiera explicar como naturales esas inhibiciones que una cultura, hostil al placer y al sexo, ha creado, ha profundizado y ha fortalecido en todas las maneras posibles. La única explicación de esta extraña y dudosa hipótesis se basa, a mi manera de pensar, en el conflicto trágico de Freud y de todos los grandes descubridores entre una poderosa y lúcida mente en busca de la verdad y la persona que nunca puede desenredarse de los miles de hilos con los cuales está capturada y atada a los prejuicios, ideologías, falsedades y convencionalismos de su época y sociedad.

y abstracto sugerido por los experimentos para recordar dígitos, sílabas sin sentido y material similar; concepto más adecuado para probar la capacidad de un aparato mecánico que para la comprensión del funcionamiento de la memoria en la persona humana. Este concepto no es fundamentalmente distinto, cuando las sílabas sin sentido son sustituidas por frases de significado lógico o «Gestalten», organizadas para pruebas de percepción e investigando la memoria para establecer su capacidad para reproducir éstas en lugar de material sin significado. Nadie duda que es más fácil recordar material que tenga significado que recordar aquel que no lo tiene, y que la función de la memoria no se ha desarrollado para recordar cosas sin sentido. La memoria como función de la personalidad viviente puede ser entendida solamente como la capacidad para la organización y la reconstrucción de experiencias e impresiones pasadas, con el fin de servir necesidades, temores e intereses presentes. Se sobreentiende que así como no existen percepciones y experiencias impersonales, así tampoco hay memoria impersonal. El hombre no percibe y recuerda como una cámara fotográfica reproduce los objetos delante de sus lentes en la película; el alcance y calidad de sus percepciones y experiencias, así como su reproducción por la memoria son determinadas por sus necesidades, temores e intereses individuales. Esto es más aparente cuanto más significativa haya sido la experiencia para la persona.

Teniendo presente este concepto de la memoria el desconcertante problema de la amnesia de la niñez se vuelve más transparente y accesible para entenderlo. No hay cambio tan grande en las necesidades del hombre como aquel que ocurre entre la niñez y la edad adulta. En este cambio intervienen todas las influencias decisivas y formativas de la cultura, transmitidas por los padres, sentando el fundamento para la transformación, en persona adulta y miembro «útil» a la sociedad, del pequeño pagano que, indefenso, no ve nada malo en seguir el principio del placer en forma completa e inmediata, teniendo una enorme capacidad para la experiencia y una curiosidad insaciable. Una explicación de la amnesia de la niñez que toma en cuenta estos cambios nos lleva a la siguiente hipótesis tentativa:

Las categorías (o schemata) de la memoria del adulto no son recipientes adecuados para las experiencias de la primera infancia y por este motivo no se prestan para preservar estas experiencias y hacer posible su recuerdo. La capacidad funcio-

nal de la memoria adulta consciente está usualmente limitada a esos tipos de experiencia que la persona adulta puede fabricar y fabrica conscientemente. No es sólo la represión de un contenido específico, como por ejemplo la temprana experiencia sexual, lo que puede explicar la amnesia de la niñez en general; el proceso de organización de la memoria, influenciado por factores biológicos, culturales y sociales, resulta en la formación de categorías (schemata) de la memoria, las cuales no son vehículos apropiados para recibir y reproducir experiencias de la calidad e intensidad típicas de la primera infancia. El mundo de la civilización occidental no encuentra utilidad en ese tipo de experiencia; aún más, no puede permitir su aceptación; ni la memoria de ella, porque tal memoria extendiéndose en forma universal haría desplomarse el restrictivo orden social de esta civilización. No hay duda que el rechazo de la civilización occidental al placer, y más enfáticamente al placer sexual, es un factor muy importante que opera en la educación del niño y su transformación en un adulto que será capaz de desempeñar cierto papel y ciertas funciones en sociedad y estar satisfecho de ello.

Freud, no sólo ha llamado la atención sobre el fenómeno de la amnesia de la niñez, sino también ha señalado un factor decisivo en su génesis; creo, sin embargo, que dos puntos son importantes para una comprensión más adecuada del fenómeno.

Primero.— No está suficientemente claro por qué motivo una represión de una experiencia sexual deba llevar a una represión de toda experiencia en la primera infancia. Por esta razón es de asumir que debe haber algo en la clase general de la experiencia infantil que lleva al olvido de esta experiencia.

Segundo.— El fenómeno de la amnesia de la niñez conduce al problema de la naturaleza de la represión, especialmente de la represión de material infantil. El término y concepto de represión sugiere que el material que de por sí podría ser recordado, es excluído del recuerdo por su naturaleza traumática. Si el factor traumático puede ser esclarecido y disuelto, el material es nuevamente accesible al recuerdo. Pero aún el más profundo y prolongado psicoanálisis, no conduce a recobrar la memoria de la niñez; en el mejor de los casos desentierra algunos incidentes y sentimientos que habían sido olvidados. La amnesia de la niñez, entonces, puede ser debida a la formación

de funciones de la memoria las cuales se hacen impropias para acomodar la experiencia infantil, y no exclusivamente a un censor que reprime material objetable, el cual sin esa represión podría y sería recordado.

El adulto usualmente no es capaz de experimentar lo que el niño experimenta. Más frecuentemente de lo que se piensa, no es ni siquiera capaz de imaginarse lo que el niño experimenta. No sería sorprendente entonces que el adulto fuera incapaz de recordar su propia experiencia infantil, debido a que toda su manera de experimentar ha cambiado. La persona que recuerda es la persona presente, una persona que ha cambiado considerablemente, cuyos intereses, necesidades, temores y la capacidad para la experiencia y la emoción han cambiado. Los dos mecanismos para el olvido sugeridos aquí se unen gradual e imperceptiblemente. No son alternativas, ni mecanismos opuestos entre sí, más bien son los dos extremos de una escala continua. Podría ser teóricamente interesante, seguir este punto de vista para ver hasta dónde se pudiera esclarecer el muy usado pero no muy claro concepto de represión y los procesos que le acompañan. Sin embargo, esto conduciría muy lejos del problema inmediato, la comprensión más concreta, y la prueba de la teoría general sugerida acerca de la amnesia de la niñez.

Un examen más detenido y la comparación del contenido y la clase de la memoria del adulto y la del niño, podrían ser útiles para tal entendimiento. Tanto Freud como Proust, hablan de la memoria autobiográfica, y es solamente en relación con esta clase de memoria como el sorprendente fenómeno de la amnesia infantil y la menos evidente dificultad de recobrar alguna experiencia pasada, pueden ser observadas; no hay una amnesia infantil específica en cuanto al recuerdo de palabras aprendidas y objetos y personas reconocidas se refiere. Este tipo de material es recordado porque, en contraste con el pasado autobiográfico, constantemente se vuelve a experimentar y a usar y también porque es esencial para la orientación y la adaptación del niño a su medio, en el período de crecimiento. En el recuerdo de esta clase de material, hemos de tratar con la memoria que sirve especialmente para el uso inmediato y práctico del conocimiento y la percepción (reconocimiento). La memoria del pasado personal, de las experiencias pasadas que contienen también el material que ha ayudado a formar nuestro carácter, parece ser mucho menos eficiente y segura que la me-

moria del material de aprendizaje. Sin embargo, la separación de la memoria «útil» de la «autobiográfica» es, sin duda, una abstracción artificial. En realidad esta distinción del contenido del material recordado no está muy delimitada y los dos tipos de material indicado están continuamente entrelazándose.

La memoria autobiográfica muestra ciertamente en la mayoría de las personas, si no en todas, la amnesia de la primera infancia, del nacimiento al quinto o sexto año de vida. Naturalmente, hay considerables lagunas en la memoria de muchas personas también en períodos posteriores de la vida, probablemente con más frecuencia en el período anterior a la pubertad; pero estas lagunas varían individualmente mucho más que la ubicua amnesia infantil. La observación de Freud sobre esta amnesia, aparentemente no ha estimulado a otros —por lo que se puede observar— a hacer investigaciones significativas sobre la memoria autobiográfica del adulto. Sin embargo, sería de creer que el conocimiento de las principales diferencias entre el material recordado desde la primera infancia y aquél recordado posteriormente, podría ayudar a la comprensión del fenómeno de la amnesia de la niñez. Si uno sigue a Proust, la vida después de la infancia tampoco se puede recordar, exceptuando fugaces rayos de luz de una visión dada solamente a la mente más sensible y diferenciada, como una rara gracia de un momento feliz, que el poeta con pasión devota y trabajo paciente puede tratar de transcribir y comunicar.

Freud contrasta la riqueza presumible de la experiencia infantil, la gran capacidad del niño para recibir impresiones y tener experiencia, con la pobreza o total ausencia de memoria de esta rica experiencia. Si uno mira de cerca la manera de recordar del promedio de las personas adultas después de los períodos de la niñez, generalmente no encuentra grandes lagunas temporales. La hilación es bastante continua, pero su continuidad formal en el tiempo se contrapone a su falta de contenido, por su incapacidad de reproducir alguna cosa que se asemeje a una experiencia verdaderamente rica, llena y viva. Aún los eventos más «emocionantes» son recordados como marcadores de distancia y no como momentos llenos de la abundancia concreta de la vida. La memoria del adulto refleja la vida como un camino con avisos y marcas de distancias ocasionales y no como el panorama por el cual cruza el camino. Los marcadores de distancia son las medidas de tiempo, los meses y los años, el

recuento vacío de los tiempos idos, tantos años pasados aquí, tantos pasados allá, trasladándose de un lugar a otro, tantos cumpleaños y así por el estilo. Los avisos del camino representan los eventos más importantes, los que anuncian la entrada a la universidad, el primer empleo, el matrimonio, el nacimiento de los hijos, la compra de la casa, una celebración de familia, un viaje; pero no son los eventos los que son recordados como en realidad sucedieron y fueron experimentados entonces. Lo que se recuerda generalmente, más o menos, es que tal evento se llevó a cabo. El aviso es recordado, no el sitio, ni la cosa, ni la situación a que se refiere. Y aún estos avisos no indican usualmente los momentos verdaderamente significativos en la vida de la persona; más bien indican los momentos que convencionalmente se creen significativos, los clisés que la sociedad ha venido a considerar como las principales estaciones de la vida. Así vemos que la memoria de la mayoría de las personas se identifica con las respuestas estereotipadas de un cuestionario, según las cuales la vida consiste en la fecha y sitio de nacimiento, denominación religiosa, residencia, grados educacionales, ocupación, matrimonio, número y fechas de nacimiento de los hijos, renta, enfermedades y muerte. El viajero común y corriente, al ser preguntado, nos dirá cuántas millas ha recorrido (cuántos años ha vivido); que tan aprisa hizo el viaje (cuánto éxito ha tenido), qué sitios ha visitado —por lo general únicamente aquellos que «simplemente tenía que haber visto»— (los puestos que ha ocupado, el prestigio que ha conseguido). Nos puede decir si encontró el camino bueno o malo, si tuvo algún accidente, pero no nos podrá dar una idea verdaderamente real de los alrededores que ha visitado. Así mismo, el viajero común y corriente va por la vida recordando únicamente lo que el mapa o el libro guía dice, lo que se supone que debe recordar, porque es exactamente lo mismo que todo el mundo recuerda.

En el curso de la niñez tardía, de la adolescencia y de la vida adulta, la percepción y la experiencia se convierten progresivamente en sellos de caucho de los clisés convencionales. La capacidad para ver y sentir lo que está ahí es desplazada por la tendencia de ver y sentir lo que uno espera ver o sentir, que en realidad es lo que se supone que uno vea y sienta por el

sólo hecho de que todo el mundo lo hace (11). La experiencia progresivamente asume la forma del clisé con que se va a recordar, porque este clisé es lo que convencionalmente recuerda la gente. La situación misma no es lo que se recuerda, sino las palabras que se acostumbra a usar para indicar la situación y las reacciones que debe evocar. En algunas ocasiones esta tendencia ubicua y fuerte hacia la pseudo-experiencia en términos de clisés convencionales pasa inadvertida, pero en otras es bastante pronunciada y se usa mucho en avisos de propaganda. Hay gente que experimenta una reunión social, una película, una comedia, un concierto, un viaje, en las mismas palabras que van a usar para contar estas experiencias a sus amigos; aún más, con mucha frecuencia, anticipan estas experiencias con esas palabras. La experiencia es, como si dijéramos, pre-digerida antes de ser saboreada. Lo mismo que el infortunado Midas que todo lo que tocaba se convertía en oro y no podía comer ni beber, estas personas tornan el alimento en potencia de la experiencia anticipada en el lugar común de la frase convencional que por fin elimina la experiencia, porque ellos no han visto ni oído ni sentido otra cosa que esta frase con la cual van a decirle a sus amistades «el rato tan agradable» que han pasado. Las agencias de publicidad han captado muy bien esto, y así, no necesitan anunciar un buen libro, una comedia bien escrita, bien actuada, una película entretenida y recreativa; es suficiente con anunciar que el libro, la comedia y la película tendrán la aceptación de todo el mundo, de determinado círculo social, o de las propias amistades. El solo hecho de haber estado presente, de poder decir que ha asistido a la función, que ha leído el libro a pesar de que no tenga la menor reacción personal, es suficiente. Midas era torturado por el hambre, pero la gente que interpreta toda experiencia con el clisé convencional no se da cuenta del proceso de inanición a que se está sometiendo. Esta inanición se manifiesta simplemente en aburrimiento o en actividad intranquila e incapacidad para cualquier goce real.

(11) Tolstoi hace una descripción magistral de cómo difieren las experiencias de lo que pasa en el escenario, de una niña adolescente durante su visita a la ópera, con una genuina, simple y fresca interpretación y una «apreciación» convencional de un aficionado habitual a la ópera. Su relato de las percepciones iniciales de la niña, es entre otras cosas, una descripción surrealista de la ópera más de medio siglo antes del surrealismo. Tolstoi, *War and Peace*, part 8, chapter 9 and 10.

El entierro y deformación de la experiencia, en el proceso de la memoria, bajo el clisé de lo convencionalmente aceptado encuentra una confirmación interesante en los experimentos de Bartlett sobre la memoria (12).

En uno de estos experimentos mostró a varios adultos, de nivel cultural más o menos alto, cinco grabados, en cada uno de los cuales se representaba la cara de un oficial de marina o del ejército. Les pidió que miraran las tarjetas durante diez segundos «fijándose en el mayor número de características de las caras para más tarde describirlas y contestar preguntas sobre ellas». Media hora después cada persona las describió y contestó preguntas sobre algunos de los detalles. Esto fue repetido después de una semana y luego con intervalos más largos. Dando los resultados de este experimento, Bartlett dice entre otras cosas: «Obviamente complicando la pauta de percepción estaban las nociones convencionales de todas clases sobre soldados y marineros de determinado rango.... Determinada cara con frecuencia despertaba inmediatamente una actitud más o menos convencional apropiada para determinado tipo. En esta forma, la actitud afectaba activamente el detalle de la representación. Aún en la memoria inmediata las facciones de la cara frecuentemente tendían a hacerse convencionales, mientras que en recuentos subsecuentes tendían todavía más a aproximarse a la pauta convencional». Bartlett resume los resultados de este experimento diciendo que «parece cierto que las actitudes pueden fuertemente influenciar el recuerdo y pueden tener la tendencia de hacer reproducciones estereotipadas y convencionales que adecuadamente pueden servir todas las necesidades normales, a pesar de ser muy infieles a sus originales».

En otro experimento usó una leyenda del folklore indio norteamericano, «La Guerra de los Espíritus». Cada sujeto leyó el cuento dos veces. Después lo reprodujo a los 15 minutos y nuevamente, varias veces, después de intervalos considerablemente más largos. En estas reproducciones un papel muy importante es desempeñado por el factor que Bartlett llama «racionalización»; la función que le atribuye es «hacer el material aceptable, comprensible, confortable y recto; eliminando todos

(12) Bartlett, F. T., *Remembering: A Study in Experimental and Social Psychology*; Cambridge University Press, Cambridge 1932; Véase especialmente pp. 53 a 54. 89,125, 171 a 173.

los elementos enigmáticos». Con uno de los sujetos del experimento toda mención de espíritus desapareció en la primera reproducción del cuento «a pesar de que especial atención le fue dada al título». La misma cosa ocurrió en alguna etapa en todas las series obtenidas con este cuento como punto de partida. Esta omisión ilustra cómo cualquier elemento de cultura importada que encuentra muy poca tradición en la cultura a que llega, tiene que dejar de ser asimilada».

Sin embargo el convencionalismo afecta no solamente elementos de «cultura importada», sino todo lo recordado. Bartlett dio una información periodística sobre un juego de cricket y un pasaje de una revista, sobre el libro de Tilden, *El Arte del Tennis en Césped*, a unos estudiantes universitarios de Cambridge para ser reproducidos repetidamente y en otro experimento utilizó un pasaje de «El Intelecto es vagabundo», tomado del ensayo de Emerson, «Confianza en Sí Mismo», con resultados completamente similares. En una cadena de reproducciones de este último «todo razonamiento había desaparecido. Todo el significado original se ha perdido. Lo único que queda es un recuento escueto de un incidente personal y una opinión general. Esta opinión es exactamente opuesta del original de la cual se derivó, pero sin duda, está más de acuerdo con el punto de vista común». En el resumen de sus experimentos usando relatos y material similar Bartlett llega a la conclusión de que «todos los relatos tienden a ser despojados de sus características individualizantes, los pasajes descriptivos pierden la mayor parte de sus peculiaridades de estilo y materia que puedan poseer y los argumentos tienden a ser reducidos a una expresión escueta de opinión convencional.

«... Donde las opiniones expresadas son individuales parecen pasar a puntos de vista convencionales opuestos; donde los epítetos son originales, tienden a convertirse en términos comunes y corrientes. El estilo torna sin vida y pierde toda pretensión que haya podido tener de fuerza y de belleza».

Los procesos de la memoria sustituyen así la experiencia actual por los clisés convencionales. Es cierto que la experiencia original o la percepción están ya de antemano más o menos determinadas por los clisés convencionales, por lo que la persona esperaba ver u oír, lo cual significa la manera como ha sido condicionada; sin embargo, toda persona que ha prestado a

tención a estos procesos, en sí misma o en otras personas, puede observar, especialmente al principio, que existe algún conocimiento de la discrepancia entre la experiencia en sí misma y el pensamiento o las palabras que la articulan, preservan y expresan. La experiencia es siempre más llena y rica que la fórmula articulada por medio de la cual tratamos de conocerla y recuperarla. Con el paso del tiempo esta fórmula viene a reemplazar más y más a la experiencia original y a volverse, además, convencional y sin vida. La memoria, en otras palabras, está más gobernada por guías convencionales de la percepción o la experiencia. Se podría decir que, en tanto que toda experiencia humana, la percepción y el pensamiento son eminentemente sociales —esto es, determinados por las formas sociales predominantes de experimentar, percibir y pensar— la memoria está todavía más socializada, dependiente en un grado más alto de las categorías comúnmente aceptadas de qué y cómo se recuerda. Los experimentos de Bartlett confirman esto. Con el paso del tiempo, el relato recordado pierde más y más su sabor original, hasta el punto en que nada queda de su esencia y un clisé de lugar común lo sustituye. La «racionalización», como la teoría psicoanalítica lo indica, es uno de los tipos de esta transformación de la experiencia real en clisés aceptables, individual y socialmente. Una razón importante de por qué la memoria es aún más susceptible que la experiencia y la percepción a esa clase de convencionalismo es que la experiencia y la percepción siempre tienen aún en forma leve alguna relación inmediata a la situación experimentada, al objeto percibido, y en cambio la memoria se distancia en tiempo y en espacio.

El objetivo de la memoria tiene menos oportunidad que los objetivos de la experiencia y de la percepción de penetrar y apartar ese vidrio coloreado y esmerilado por las costumbres y opiniones sociales a través del cual el hombre ve o deja de ver todas las cosas.

La memoria, como si dijéramos, es un sentido de distancia, y en un grado superior a los otros sentidos de distancia, la visión y el oído; con menos relación inmediata a sus objetos que los sentidos de proximidad el olfato, el gusto y el tacto y más influenciada y moldeada por las categorías de la mente. Como la vista y el oído, pero con mayor intensidad, la memoria tiene un desarrollo filogenético y ontogenético más diferenciado, posterior, y más «espiritual» que el olfato, el gusto y el tacto. To-

do esto hace que la memoria esté predestinada a perder contacto con la experiencia actual y se sustituya por patrones de pensamiento convencionales prefabricados, y como se verá más adelante, especialmente en el problema de la amnesia de la niñez.

Está equipada la memoria, altamente convencional, del adulto promedio, para contener y recordar la época y las experiencias de la primera infancia? Muy pobremente o nada en absoluto. Esto será más aparente con la consideración de la clase de experiencia en la primera infancia. La amnesia del adulto para este período obstaculiza el conocimiento directo. La observación de niños pequeños y la imaginación serán los únicos medios de aprender algo sobre esta materia. Se puede asumir con seguridad que la primera infancia es el período de la vida humana más rico en experiencia. Todo es nuevo para el recién nacido. Su conocimiento gradual de su medio ambiente y del mundo a su alrededor son descubrimientos que, en alcance y clase de experiencia, van mucho más lejos que cualquier descubrimiento hecho por el explorador más aventurero y temerario durante su vida de adulto. Ni Colón ni Marco Polo han visto jamás cosas tan extrañas, tan fascinantes ni tan completamente absorbentes, como las que el niño va aprendiendo a percibir, a saborear, a oler, a tocar, a oír, a ver, a usar su cuerpo, sus sentidos y su mente. No es sorprendente que el niño muestre curiosidad insaciable. Tiene todo el mundo por descubrir. La educación y el aprendizaje, en tanto que de un lado ensanchan este proceso de descubrimiento, del otro lado gradualmente, lo frenan y finalmente lo detienen por completo. Hay relativamente pocos adultos afortunados que han logrado retener algo de la curiosidad infantil, la capacidad para preguntar y maravillarse. El adulto común y corriente «lo sabe todo» y es exactamente por este motivo que nunca sabrá nada. Ha cesado de maravillarse y de descubrir. Conoce la línea de menor resistencia que lo lleva al modelo convencional en que todo es familiar y nada causa admiración. Es este el adulto que al responder las preguntas del niño no lo hace, y en cambio le hace conocer los sistemas convencionales de su civilización, los cuales efectivamente cierran la boca que hace preguntas y cubren el ojo que se maravilla. *Franz Kafka* una vez formuló este aspecto de la educación diciendo que «probablemente toda la educación se reduce a dos cosas, primera: la desviación del impetuoso asalto del niño ignorante a la verdad y, segunda, la iniciación suave, imper-

ceptible, paso a paso, de los niños humillados a la mentira» (13).

La mayoría de los niños pasan por un período de preguntas sin fin. En tanto que al principio desean una respuesta, gradualmente su búsqueda se convierte en una repetición casi automática de las mismas preguntas sin sentido o en el rito relacionado de contraponer una nueva pregunta a cada respuesta. Parecería que el niño no esperara realmente o quisiera obtener información por esta clase de preguntas, sino expresara el último obstinado asalto contra el muro sin brecha de las «respuestas» del adulto. El niño ya casi ha olvidado lo que quería saber, pero todavía sabe que deseaba saber y no ha recibido una respuesta.

Las preguntas automáticas pueden tener la finalidad inconsciente de hacerle saber esto al adulto. Es principalmente durante la primera infancia que la clase de mundo que rodea al niño cambia de un sitio a donde todo es nuevo e inexplorado—para ser saboreado, olido, tocado y manipuleado, para maravillarse y admirar— a un sitio donde todo ha recibido un nombre o un rótulo o es potencialmente capaz de ser «explicado» por ese rótulo, un proceso que será seguido sistemáticamente en la escuela.

No se puede preservar o recordar una experiencia u objeto percibido con la clase de frescura, novedad, de algo maravilloso, con el concepto convencional con que ese objeto ha sido designado en el lenguaje. Aún cuando en la civilización occidental moderna la capacidad para esa clase de experiencia fresca se ha perdido en gran parte, la mayoría de las personas, salvo aquellas que se han convertido en autómatas, han tenido alguna idea de lo que significa la calidad de experiencia fresca, sin rótulos, única, concreta y llena de vida. Pueden darse cuenta,

(13) En vista de la traducción inadecuada, el Texto en alemán se da a continuación: «Wie. ja allersdings wahrscheinlich alle Erziehung nur Zweierlei ist, einmal Abwehr des ungestuemen Angriffs der unweisenden Kinder auf die Wahrheit und dann sanfte unmerklich-allmähliche Einfuehrung der gedemuetigten Kinder in die Luege» KAFKA FRANZ, Beschreibung eines Kampfes; Novellen, Skizzen, Aphorismen... Nachlass; Verlag Heinrich Mercy Sohn, Prag 1936; P. 317. El pasaje es tomado de una versión anterior de lo que probablemente fue la última novela escrita por Kafka, «Forschungen eines Hundes» (Investigaciones de un perro).

si se les llama la atención, de la gran diferencia entre esta clase de experiencia y aquella que simplemente registra el rótulo de las cosas vistas, de los muebles de un cuarto, las caras conocidas, las casas de una calle. Pero esta diferencia es pequeña cuando se le compara con aquella que separa a la experiencia fresca de la niñez y sus descubrimientos, del reconocimiento por parte del adulto de los clisés familiares en que los rótulos de percepción y de lenguaje han transformado los objetos a su alrededor. Como la memoria del adulto funciona predominantemente para recordar los clisés, las categorías convencionales de las cosas y de las experiencias, y no las cosas, y las experiencias en sí, es evidente lo tan mal equipada, en realidad incapaz, que está esa memoria convencional para recordar las experiencias de la primera infancia con la frescura y significado real que tuvieron en esa época. La edad del descubrimiento, la primera infancia, está sepultada muy hondo bajo la edad de la familiaridad rutinaria, la del adulto.

La incompatibilidad de la experiencia de la primera infancia con las categorías y la organización de la memoria del adulto se debe en gran parte a lo que yo llamo la convencionalización de la memoria del adulto. Convencionalización es una forma particular de lo que podría llamarse esquematización de la memoria. La memoria voluntaria recuerda generalmente las categorías de la experiencia y no la experiencia misma. Estas categorías están en su mayor parte construidas a lo largo de las palabras y conceptos de la cultura. Así mismo las llamadas memorias visuales y auditivas reproducen las categorías de las impresiones visuales y auditivas en lugar de las impresiones en sí. Como es obvio, las categorías de la experiencia, así como las de memoria (14), son determinadas por la cultura que ha formado cierto criterio del mundo y de la vida, un criterio que suministra las categorías para toda la experiencia así como para la memoria. Pero las variaciones de grado y diferenciación

(14) El término categorías (schemata) de la memoria ha sido tomado de Bartlett (referencia nota marginal 12) pero es usado en sentido diferente. Bartlett pone énfasis, con razón, en el hecho de que recordar es «un asunto de reconstrucción más que de pura reproducción». De acuerdo con él, esta reconstrucción sirve como justificación de la actitud presente hacia la experiencia pasada. Tal reconstrucción la llama Schemata (categorías) y éstas están determinadas por las diferencias de sentido, apetitos, instintos e intereses. En este ensayo

entre culturas como la de Grecia, India, China, o la civilización occidental moderna son de alcance considerable. Ofrecen categorías altamente diferenciadas y sutiles como también categorías muy convencionales, triviales y comunes. Yo entiendo por convencionalización de las categorías de la memoria (y de la experiencia) aquellos procesos de la memoria que están sujetos a la esquematización convencional más intensa, los cuales por este motivo no tienen capacidad para reproducir la experiencia individual, pero sólo pueden reproducir lo que fulano tiene que haber experimentado de acuerdo con sutano y las ideas de todo el mundo sobre cómo experimenta la gente. Toda experiencia fresca y espontánea trasciende de la capacidad del esquema convencional de la memoria, y hasta cierto grado, de cualquier esquema. Aquella parte de la memoria que trasciende del esquema de la memoria, prefabricado por la cultura, está en peligro de perderse porque hasta ahora no existe una vasija como si dijéramos, en la cual se pueda preservar.

Aún si los esquemas de la experiencia no han impedido a la persona enterarse o tener intuición de esa clase de experiencia que trasciende de estas categorías, esta cualidad para ser preservada y volverse parte productiva de la personalidad tiene que superar el segundo impedimento de las categorías de la memoria que tiende con el tiempo, a suplantarse este fresco y nuevo elemento de la experiencia con alguna noción preformada, sepultándola en esa forma. Los procesos de esquematización y convencionalización y sus efectos en la materia prima de la experiencia, especialmente en la experiencia de la niñez, pueden ser observadas en dos de sus desarrollos específicos los cuales se efectúan cuando el niño aprende a hacer uso de sus sentidos y a hablar.

El lenguaje, en su función de articular y disfrazar, puede ser considerado primero porque el adulto también encuentra el problema de la incompatibilidad de la experiencia con el lenguaje y el consecuente olvido de la experiencia o su deforma-

sin embargo, el concepto de categorías de la memoria es usado solamente para designar patrones social y culturalmente determinados de reconstrucción del pasado, en contraste con los patrones individualmente determinados. Como es obvio, la mayor parte de todas las categorías de la memoria individual en el sentido que Bartlett las usa son culturalmente determinadas.

ción por el clisé del lenguaje. El hecho de que el lenguaje sea lenguaje de adulto, lenguaje de una civilización adulta, y que el recién nacido, el niño pequeño, sea moldeado muy gradualmente, partiendo de su existencia natural hasta convertirse en un miembro de la civilización en la cual nació, hace que la discrepancia entre su experiencia precivilizada, sin esquematizar, y las categorías del lenguaje civilizado y convencional, sea mucho mayor. Sin embargo, entre esta discrepancia y aquella, existente entre la experiencia del adulto y su lenguaje, hay una diferencia de grado y no de clase. Toda persona que honestamente haya tratado de describir una experiencia genuina exactamente, no importa que tan pequeña o insignificante haya parecido, sabe cuán difícil es, si no imposible. Uno bien podría decir que el problema más grande del escritor o del poeta es la tentación del lenguaje. A cada paso una palabra salta a la vista, parece tan conveniente, tan precisa, uno la ha oído o leído tantas veces en un contexto similar, suena tan bien, hace que la frase fluya tan suavemente; si sigue la tentación de esta palabra quizás describirá algo que mucha gente reconocerá al momento, que ya sabe que sigue una pauta familiar; pero habrá perdido la originalidad que distingue su experiencia de la de los demás, que la hace suya propia.

Si quiere comunicar esa esquiva originalidad para que de alguna manera sea una contribución —no importa que tan pequeña— para el ensanche o apertura de la experiencia humana articulada en algún punto, tendrá que batallar constantemente contra la afluencia fácil de palabras que se ofrecen espontáneamente. De la misma manera que la búsqueda de la verdad, que nunca llega a su meta pero que tampoco se puede abandonar, el esfuerzo de articular, expresar y comunicar una experiencia, tampoco puede tener éxito completo. Consiste en aproximarse paso a paso, hacia esa línea distante de horizonte, a aquella curva del camino desde donde uno espera ver la experiencia real íntegra y donde será también visible a otros, es un punto nunca alcanzado. La laguna, la discrepancia entre la experiencia y la palabra es una fuerza productiva en el hombre siempre y cuando que se dé cuenta de ella, sabiendo y sintiendo que su experiencia de alguna manera ha sido algo más y diferente de lo que sus conceptos y palabras pueden articular. El conocimiento de que hay un margen inexplorado de la experiencia, que puede ser su parte esencial, puede convertirse en esa fuente de

energía que permite al hombre acercarse un paso más a la comprensión y comunicación de su experiencia, añadiendo de esa manera algún elemento al panorama del conocimiento humano. Este conocimiento y el esfuerzo y habilidad de hacer más angosta esta brecha entre la experiencia y las palabras es lo que hace al escritor y al poeta. El peligro de las categorías del lenguaje y especialmente del lenguaje común y corriente en el momento de tratar de entender o describir una experiencia está en el hecho de que la persona no se dé cuenta de esta discrepancia entre el clisé del idioma y la experiencia o que no tenga persistencia suficiente para eliminar esta discrepancia. Una vez el esquema convencional haya reemplazado la experiencia en su mente, la cualidad significativa de la experiencia es condenada al olvido.

La discrepancia entre los conceptos, el idioma, y la experiencia pueden ser mirados como modelo y parte de la discrepancia entre los esquemas de la memoria y la experiencia. Esta relación, ciertamente, no es accidental porque el recuerdo voluntario y la comunicación de experiencias recordadas son esencialmente dependientes del pensamiento conceptual y del lenguaje. Si bien hay recuerdos de experiencia sin el vehículo del idioma, una gran parte de lo que recordamos, especialmente de lo que recordamos voluntariamente, es recordado mediante el lenguaje y los conceptos formados por el lenguaje. Esto tiene relación considerable con el problema de la amnesia de la niñez. El niño tiene que asimilar comparativamente la mayor parte de la experiencia nueva en la época en que su idioma, sus conceptos y las categorías de su memoria son más pobres o todavía no se han desarrollado. Solamente en forma muy gradual el niño adquiere la facultad del lenguaje, aprende las categorías conceptuales de su cultura y desarrolla la memoria y los esquemas de la memoria.

Las experiencias del niño son inarticuladas y complejas, al decir de Sullivan, son registros instantáneos de situaciones totales (15), además no están formadas ni manchadas por las categorías culturales de la experiencia, lo cual desde un punto de vista cultural, justifica el comentario de Freud de que el niño pequeño es un «perverso polimorfo». Es un animalito, un pe-

(15) Mullahy Patrick, A Theory of Interpersonal Relation and the Evolution of Personality, Psychiatry (1945) 8: 177-205; p. 183.

queño pagano, y sus experiencias son forzadas gradual y progresivamente en la cama de Procrusto de las categorías de la experiencia culturalmente prevalentes, las cuales permiten ciertas experiencias, prohíben otras y omiten muchas para las cuales la cultura no tiene marco de referencia o tiene uno inadecuado. Es cierto que solamente aprendiendo y desarrollando los esquemas del lenaguje, del pensamiento conceptual, de la experiencia y de la memoria, prevalentes en la cultura, puede el niño progresar de la fase de la experiencia compleja e inarticulada a la específica y articulada. Es cierto que la compleja e inarticulada experiencia de la infancia por la misma falta de categorías para la articulación detallada puede ser privada de conocimiento o ser pronto excluida y olvidada. Pero por otro lado, las categorías suministradas por la cultura y gradualmente adquiridas por el niño no pueden abarcar su experiencia en totalidad, por eso la deforman y desvían de acuerdo con las pautas de la cultura. Dos tendencias principales operan en la dirección del resultado eventual de la amnesia infantil. Primera, las categorías para la experiencia articulada y para el recuerdo de esta experiencia son relativamente despaciosas y tardías en su desarrollo; no existen en el primer período de la vida y se podría decir, generalmente, que a medida que se desarrollan las experiencias pierden gradualmente su carácter de novedad y adquieren la propiedad de reconocimiento y familiaridad. La tremenda cantidad de experiencias a que el niño pequeño es sometido no encuentra, proporcionalmente, vasijas (categorías) adecuadas para su preservación. Segunda, la clase de experiencia de la primera infancia no encaja en las categorías de la experiencia, pensamiento y memoria en formación, porque éstas están diseñadas por la cultura adulta con todas sus desviaciones, prejuicios y tabús.

Ambas tendencias son más aparentes si las consideramos en conexión con el desarrollo de los sentidos del niño. Tal consideración muestra qué tan cerca están envueltos los factores biológicos y culturales en la causa de la amnesia infantil y cuán difícil, si no imposible, es delimitarlos claramente. Lo que ha podido ser en la época prehistórica del hombre un factor cultural bien puede parecer un desarrollo biológico para el observador contemporáneo. Los sentidos de distancia, la vista y el oído, bajo un aspecto filogenético y ontogenético alcanzan su completo desarrollo más tarde que los sentidos de proximidad,

olfato, gusto y tacto. La vista y el oído están más estrechamente vinculados a la mente humana y son más altamente diferenciados que el olfato, el gusto y el tacto. Estos últimos, especialmente el olfato y el gusto, han sido descuidados y aún mirados con cierto prejuicio por la civilización occidental. Son los sentidos animales por excelencia. El hombre que ha estado dedicado por miles de años a la batalla por el control de la naturaleza, tanto externa como interna, no quiere recordar que no es sólo hombre, sino también naturaleza y animal. Debido al tabú cultural del olfato y el gusto —el olfato aún más que el gusto, pero los dos son inseparables— es posible para el adulto darse cuenta claramente del efecto que la discrepancia entre la experiencia por un lado, y las categorías del lenguaje y la memoria por el otro, tiene sobre la capacidad de recordar especialmente en forma voluntaria. El vocabulario de la lengua inglesa, así como el de los otros idiomas occidentales, es conspicuo por la pobreza de palabras para la descripción de los olores y sabores; aun cuando se refiere al sabor del vino o de algún plato, a pesar del papel histórico que han tenido la comida y la bebida, el idioma es incapaz de expresar las diferencias de sabor, salvo las más crudas. Se dice que un vino es seco, dulce, fuerte, fino, y así por el estilo, pero ninguna de estas palabras nos permite imaginar el sabor y el bouquet del vino. Comparado con esta pobreza de palabras, el vocabulario para la descripción del mundo visible, sus formas y colores, es mucho más rico. Aún la poesía no ha logrado captar exactamente el matiz del olfato o del gusto, a pesar de que algunas veces logra evocar imágenes visuales. Por estas razones las categorías de la experiencia para las sensaciones del olfato y del gusto están relativamente sin desarrollar. Esto es más cierto todavía de las categorías de la memoria. Un sabor o un olor es generalmente recordado solamente en forma involuntaria; esto es, la experiencia anterior puede ser reconocida por un nuevo encuentro con el mismo estímulo. Pero es muy difícil o imposible para la mayoría de las personas recordar voluntariamente el sabor de un vino especial o el olor de una flor, de un animal, o una persona; aún más, la mayoría de las personas no se da cuenta de las diferencias de olor que existen en distintas personas.

Tanto el placer como el desagrado están más vinculados íntimamente con los sentidos de proximidad que con los senti-

dos de distancia. El placer que un perfume, un sabor o una textura pueden dar es más físico, corporal y por ese motivo más relacionado con el placer sexual que aquél más sublime, despertado por un sonido o la vista de algo bello, que sería el placer menos corporal de todos. Ningún otro sentido produce la emoción de desagrado tan fácil y violentamente ni provoca reacciones de náusea y vómito en forma inmediata como el sentido olfatorio. El niño pequeño no siente desagrado con su deposición; más bien le agrada su olor. Muchísimos si no todos los adultos no tienen la reacción de desagrado por el olor de sus propias excreciones; muchos no lo muestran en relación con el olor del cuerpo o de las excreciones de una persona amada. Como todo el mundo lo sabe, los animales, especialmente los perros, están mejor capacitados para distinguir a las personas y a los animales por medio del olor del cuerpo y de las excreciones. El niño pequeño mucho antes de saber y recordar la fisonomía de su madre sabe cuál es su olor y su sabor. Muy posiblemente una madre colérica o asustada tendrá un olor y un sabor muy distintos de cuando se halla en estado más normal; así mismo le parecerá distinta a medida que va creciendo (16). En el desarrollo de su experiencia del mundo que lo rodea, los sentidos de proximidad tienen primacía sobre los sentidos de distancia. El niño se da cuenta por medio del gusto, el olfato y el tacto antes y mejor que por medio de la percepción visual y auditiva. Para conocer algo realmente tiene que tocarlo y llevarlo a la boca de la misma manera que hacía con el pecho materno. En forma muy gradual y paulatinamente va cambiando el énfasis hacia los sentidos de distancia. Tanto este cambio, parcialmente de origen biológico y filogenético, como la paralización en el desarrollo del olfato y el gusto, se deben a los tabús de los adultos que no quieren que el niño se ponga todo en la boca y que de manera drástica y persistente, por medio de la educación, muestran su desagrado con los objetos más importantes del olfato, el cuerpo y sus excreciones, hasta tal punto que el niño no puede hacer otra cosa que privarse no só-

(16) Groddeck hablando de la importancia primordial del sentido del olfato en la primera infancia, asevera que aún más que el perro, el niño juzga a la gente y a los objetos en gran parte por su olor y que cuando el niño es pequeño y se le sostiene en el regazo, esto significa, mayormente el olor de las piernas, órganos sexuales y excretorios. Groddeck, Ev. «The World of Man. The C. W. Daniel Company, London 1934; p. 132.

lo del placer de estos olores sino de su percepción discriminativa (17). Los sentidos de proximidad que tienen un papel tan importante en las relaciones entre los animales, y, cuando no son reprimidos, en las relaciones sexuales humanas, son desplazados como tabú en las relaciones interpersonales a medida que una cultura o un grupo trata de aislar a la gente, de distanciarse y evitar las relaciones espontáneas y las expresiones «naturales» de tipo animal, de estas relaciones. El énfasis en alejar y hacer tabú el olor, en la sociedad moderna, es más evidente en las clases dirigentes que en las clases trabajadoras; el distanciamiento es, así mismo, un medio de dominio y de imposición de autoridad. El desagrado se presenta cuando la represión no ha sido completa y se necesita un incentivo poderoso para darle empuje (18).

Cualesquiera que sean las razones culturales y sociales para la falta de incentivo y para la negligencia hacia los sentidos de proximidad, el cambio de su predominio inicial hacia los sentidos de distancia que se efectúa progresivamente durante la infancia y que parcialmente, es el resultado de estos factores culturales, biológicos y filogenéticos, necesariamente ocasiona un cambio fundamental en la manera de percibir del niño, un cambio que el adulto no se puede imaginar concretamente. La memoria del adulto es mucho menos capaz de recordar experiencias, que ocurrieron antes del cambio en la organización de los sentidos, puesto que este cambio alteró completamente la percepción y la experiencia.

Junto con el cambio en la organización de la percepción, de la primacía de los sentidos de proximidad hacia los de distancia, hay un desarrollo que va especializando y diferenciando la

(17) Freud asocia al fetichismo con un deseo reprimido de olor coprofilico; los pies y el pelo se convierten en fetiches después de que esta sensación de olor, ahora desagradable, se ha renunciado. Referencia nota marginal 7; p. 567, nota marginal 3. En otra ocasión sugiere que el sentido de olfato que atrae al macho a la hembra en el período de menstruación se convirtió en la víctima de la represión orgánica cuando el hombre empezó a caminar erecto y que este fue el origen de la emoción del asco. *Das Unbehagen in der Kultur*; Wien 1930; p. 62, nota marginal.

(18) Algo de la importancia de este tabú tan arraigado profundamente en el hombre occidental referente al olor, sale a la superficie en el vituperable y odioso uso que se hace del olor del cuerpo en los conflictos interraciales.

experiencia del niño, que también trae cambios considerables en la modalidad de la experiencia. Como el desarrollo ontogénico del niño desde la concepción hasta la edad adulta repite el desarrollo filogenético del hombre, desde sus antepasados más remotos, los organismos más primitivos, hasta su estado actual, el desarrollo de la conciencia es una etapa tardía en este proceso, empezando algún tiempo después del nacimiento y continuando por un período largo. Dentro del desarrollo de la conciencia, la conciencia de sí mismo es la última etapa y el hombre no ha alcanzado hasta ahora, ni individualmente ni en la historia de la humanidad, la completa conciencia de sí mismo. La memoria, especialmente la memoria voluntaria es una parte importante de la conciencia. Parece probable que en el niño, el desarrollo de la memoria comience con el reconocimiento de cierto complejo de estados indiferenciados de sentir de su cuerpo, principalmente estados de comodidad, satisfacción y placer y estados de incomodidad, tensión y desagrado. Como el niño no tiene todavía conocimiento, tampoco podríamos hablar de reconocimiento; más bien podríamos decir que vuelve a sentir o vuelve a experimentar cierto complejo y no muy claros estados de bienestar o malestar. La diferenciación entre el cuerpo y la mente, cuerpo y psique, también se desarrolla gradualmente y se acentúa más con el tiempo. Al principio, el niño probablemente no puede distinguirse a sí mismo de las otras personas ni de los objetos a su alrededor que lo afectan (19). El pecho materno no es parte de «otra persona», pertenece al pequeño mundo indiferenciado del niño, es parte de su «propia entidad cósmica», al decir de Sullivan (20). Todo concepto a-

(19) Esta era la opinión de Descartes que decía: «Al principio de la vida la mente estaba tan vinculada al cuerpo que no atendía sino a los pensamientos con que percibía los objetos que dejaban impresiones en el cuerpo; tampoco refería sus pensamientos a cosa existente distinta de sí; sino simplemente sentía dolor cuando el cuerpo recibía algún daño, o placer cuando alguna cosa benéfica para el cuerpo ocurría... Y después, cuando la máquina del cuerpo, que ha sido fabricada de tal manera por la naturaleza que puede por su propio poder inherente moverse en varias direcciones, volteándose al azar hacia cualquier lado, siguió más tarde lo que era útil y evitó lo que era perjudicial, la mente que estaba estrechamente conectada con el cuerpo, reflejando los objetos que perseguía y evitaba, se dio cuenta por primera vez que existía fuera de sí...» Descartes, «Principia Philosophiæ, I,71, John Veitch's translation.

(20) Sullivan, Harry Stack, *Conceptions of Modern Psychiatry, Psychiatry* (1940) 3: 1-117; p. 15.

cerca de sí mismo y de los demás, no tiene ningún sentido en este primer período y nada que corresponda a este concepto existe para el niño. De esta manera, no es sorprendente que, mucho más tarde en la vida, esas raras ocasiones en que se recuerdan visiones completas involuntariamente, sean estimuladas por una sensación corporal, esto es, al sentir nuevamente una sensación de tiempos idos; son memorias del cuerpo, como si dijéramos, o del dominio inexplorado donde el cuerpo y la psique, son idénticas, y es aquí donde los resplandores involuntarios de la memoria de Proust, ocasionados por el sabor de la Madeleine, por lo disparejo del pavimento, tienen su origen más antiguo (21). La percepción del medio ambiente como algo separado, una configuración cambiante de varios objetos, se desarrolla en forma muy gradual en el infante y en el niño pequeño. Los objetos pueden ser cogidos y controlados eventualmente en parte, pero la vida en sus comienzos tanto en el niño como en las formas más bajas de la fauna, empieza con una etapa en que el organismo vivo es unicamente afectado por su medio ambiente que experimenta ésto como un cambio en su propio estado corporal, y no (como el niño mayor y el adulto lo perciben más tarde), como las acciones de las personas y objetos fuera de sí mismo. A este respecto es significativo que el sentido olfatorio, tan importante en la infancia, va perdiendo a través de la vida, la capacidad de objetivar los estímulos, en contraposición con el sentido visual, más espiritual y de más tardío desarrollo que no puede menos que objetivar los estímulos que lo afectan. A este respecto también, el sentido olfatorio conserva más su estado primitivo de desarrollo, más cercano, menos ajeno y menos diferenciado en sus relaciones con el medio ambiente, que los sentidos de distancia y aún que el sentido del tacto. A medida que la especialización y la diferenciación del mecanismo de la experiencia continúa —incluyendo el mecanismo sensorial y el paulatino desarrollo de la conciencia— la falta inicial de distinción entre organismo y medio ambiente, va desapareciendo más y más para dar lugar a aquella división, de tan fundamental importancia en la historia del hombre, la de sujeto y objeto, división que se desarrolla paulatina y gradualmente, pero que la mente del adulto no puede

(21) Véase también Schachtel, Ernest G. *The Dynamic Perception and the Symbolism of Form: Whit special reference to the Rorschach Test, Psychiatry* (1941) 4: 79-96; pg. 85 y nota marginal 16.

descartar en fantasía y menos aún en la percepción y en el pensamiento racional. Esta división llega a ser tan predominante en la edad adulta, que borra completamente estas experiencias primarias y cualquier remanente subterráneo que pudiera quedar de esta manera de experimentar el medio ambiente. En el lento desarrollo de la conciencia, la diferenciación aguda entre sueño y vigilia también viene en forma gradual. La memoria es un producto relativamente tardío de todo este proceso de diferenciación y especialización. La memoria autobiográfica —la habilidad para recordar voluntariamente el pasado— es uno de los últimos desarrollos en la infancia, lo cual no es sorprendente, puesto que hace parte de la conciencia de sí mismo, una capacidad que se encuentra solamente en el género humano y aún así, en el adulto, no siempre bien desarrollada. Según Stern (22) la memoria, hasta el tercer año, se refiere casi exclusivamente al mundo visible de objetos y sucesos. La vida del niño está naturalmente orientada hacia el presente y el futuro y no hacia el pasado. El concepto de «yo» casi nunca se desarrolla antes del tercer año, lo cual viene a ser otra expresión del hecho de que la división de sujeto y objeto es un desarrollo gradual y relativamente tardío. Sin embargo, el significado de esta división y de su cualidad particular, varían según el tipo de sociedad, cultura, y grado de desarrollo histórico alcanzado. Esta división participa y es determinada por todas las actitudes fundamentales —según su desarrollo en una cultura y sociedad específicas— de las relaciones del hombre con sus semejantes, la naturaleza y su medio ambiente material.

El tardío desarrollo de la memoria autobiográfica y del concepto del «yo» o «sí mismo» como sujeto, concepto éste que preserva la identidad del individuo en el tiempo, solamente es otro aspecto de la amnesia infantil. El niño vive mucho más el momento presente que el adulto común y corriente. La exploración del medio ambiente y de sus propias capacidades llena tanto su vida, que el pasado le ofrece poco interés. Y aún con la aparición de las primeras señales de la memoria autobiográfica y del concepto «yo» en el transcurso del tercer año, la cualidad de la experiencia infantil sigue siendo tan diferente a la del adulto, que las categorías de la memoria del adulto no pueden acomodar la mayor parte de esta experiencia.

(22) Stern William, Psychologie der fruehen Kindheit bis zum sechsten Lebensjahre; Quelle & Meyer, Leipzig 1914; p. 166.

El tardío desarrollo de la memoria autobiográfica en la niñez también debe ser considerado desde el punto de vista de su utilidad para la vida y especialmente en la civilización occidental. Desde este punto de vista es obvio que la memoria autobiográfica, es de menor utilidad inmediata en relación con la orientación y adaptación del individuo al medio ambiente, que el desarrollo de los sentidos, de la mente y de la memoria «útil» —es decir la memoria al servicio del reconocimiento de objetos, del aprendizaje de palabras y de otras funciones similares, necesarias a la supervivencia. Biológica y culturalmente, la memoria autobiográfica encuentra poco estímulo; dentro de una cultura orientada hacia la ejecución eficaz de actividades lucrativas, en una sociedad en que cada individuo tiene que ser ajustado como una rueda a una máquina y donde hay una fuerte presión para igualar a los individuos, en el sentido de crear cierta uniformidad, la memoria autobiográfica no sólo no encuentra estímulo alguno, sino que está condenada a atrofiarse. Ella no tiene ninguna utilidad para el trabajo eficaz y seguro del obrero, del oficinista, del cirujano; en realidad hasta podría interferir con sus actividades. Ella cerraría el paso al proceso de igualamiento y de uniformidad, puesto que su función principal es la de preservar la experiencia individual, antes que la de repetir sistemas convencionales y culturales de experiencia. Si Ulises cede al canto de las sirenas, su vida activa habría terminado y sus planes habrían desaparecido. La pseudo-memoria del adulto que reproduce no su experiencia real sino los sistemas de experiencia suministrados por la cultura es un agente más seguro y conservador de la cultura que la verdadera memoria que preservaría la experiencia real antes de ser filtrada por las categorías de la memoria eliminando en esa forma todo lo que trasciende de esta pauta ubicua.

En otro plano de la vida, especialmente en el de los sueños, se encuentra también una amnesia general, aunque no tan penetrante como la de la niñez. Un estudio más cuidadoso del recuerdo de los sueños y especialmente del período de despertar de un sueño, cuando frecuentemente se puede observar su desaparición de la memoria o su transformación o fragmentación, puede servir de argumento, refutar o corroborar la hipótesis adelantada hasta ahora sobre la amnesia de la niñez y del fenómeno del olvido por parte del adulto de la experiencia transesquemática. Es probable que la mayoría de los sueños no se

pueden recordar en absoluto. Otros muchos se recuerdan fragmentariamente. De aquellos que se recuerdan todavía en el momento de despertar, muchos se olvidan en el curso del día, muy frecuentemente en los primeros minutos o en la primera hora de iniciar las actividades diarias de levantarse, vestirse, etc. La relativamente pequeña proporción de los sueños que sobreviven en la memoria son rápidamente transformados o fragmentados y por lo general se olvidan después de unos pocos días. Si no son olvidados, son transformados de una manera análoga a la transformación de la leyenda india en el experimento de Bartlett. Lo cual quiere decir que van perdiendo progresivamente su cualidad peculiar y su lenguaje propio va cambiando en dirección hacia el convencionalismo y la racionalización. Aún personas sensibilizadas para darse cuenta y recordar sus sueños, por ejemplo pacientes en psicoanálisis, encuentran muy difícil si no imposible contrarrestar esta poderosa tendencia hacia el olvido o la convencionalización de los sueños a menos que dejen una constancia del sueño lo más pronto posible después de despertar. Los sueños que dejan una impresión tan profunda como para vencer todos estos obstáculos y sobrevivir, no sin desperfectos, son raros realmente. Entonces tenemos estas interrogantes: ¿Cuáles son las causas de esta amnesia habitual y general de los sueños? ¿Por qué se olvida la mayor parte de la vida mental que existe durante el sueño, una vida que en la mayor parte de la gente, a juzgar por los fragmentos recordados, parece ser mucho más original, interesante, espontáneo y creativa que la vida durante la vigilia? El sueño tiene en común estas últimas cualidades con la primera infancia que, hasta donde se puede observar, parece ser el período más fascinante, espontáneo, original y creativo en la vida de la mayor parte de la gente o quizás de su totalidad. ¿Será debido a estas propiedades que los esquemas convencionales de la memoria no pueden reproducir la mayor parte de los sueños y su carácter real?

Freud dedica toda una sección de *The Interpretation of dreams* al problema del olvido de los sueños (23). Su finalidad en esta sección es defender la validez de la interpretación de los sueños contra la objeción de que no se pueden conocer los sueños porque éstos se olvidan o se deforman. La respuesta de Freud al problema es que el «olvido de los sueños depende mu-

cho más de la resistencia (al pensamiento del sueño) que del carácter mutuamente contrario de los estados de vigilia y de sueño» y que la deformación del sueño al recordarlo o al hacer un recuento es «la elaboración secundaria y frecuentemente mal entendida hecha por la agencia del pensamiento normal» y de esa manera «no es más que una parte de la elaboración a la cual los pensamientos de los sueños están constantemente sometidos como resultado de la censura de los sueños» (24). Yo creo que se debería hacer la pregunta sobre si «la resistencia» y «el carácter mutuamente contrario de los estados de vigilia y de sueño» son realmente, como Freud parece asumirlo, explicaciones mutuamente contradictorias y exclusivas de la amnesia de los sueños y la deformación de los mismos por el pensamiento durante la vigilia. O más bien si, como yo creo, «la resistencia» es operante en la persona despierta, no solamente contra el pensamiento del sueño si no contra toda la cualidad y lenguaje del sueño, una resistencia ciertamente de un carácter un poco diferente, sin embargo, fundamentalmente relacionada a aquella que reprime y censura esos pensamientos que son intolerables para la conciencia.

Al dormir y soñar, la actividad humana en el mundo externo se suspende, especialmente la actividad motora. La atención y la percepción son sacadas de la realidad externa. La necesidad de hacerlo frente al medio ambiente se interrumpe durante el sueño. Las reglas estrictas de la lógica y la razón ceden, —reglas que durante la vigilia están engranadas para el control útil, racional, adaptable y convencional de la conducta y del pensamiento. La psique puede descansar durante el sueño de las demandas de la vida activa en la sociedad. Como lo expresa Freud, la censura endopsíquica se reduce y la psique hace buen uso de este corto descanso de las demandas de la realidad; sus producciones, vistas desde el punto usual y realista, parecen ser completamente inútiles. Es cierto que otras civilizaciones más antiguas no siempre compartieron ese punto de vista y por el contrario atribuyeron gran importancia a los sueños, algunas veces mayor importancia que al pensamiento durante la vigilia. Pero medidos con la vara de la civilización occidental moderna con su énfasis en producción y trabajo ú-

(24) Referencia nota marginal 23, pp. 476 y 472.

tiles y eficientes, los sueños son en realidad completamente inútiles.

Durante el sueño la actividad motora, tan importante para el trato con la realidad externa de objetos y de gente, se reduce a un *mínimum*. Los movimientos no se efectúan activamente; pero, en el sueño, un mundo de movimiento se percibe. Rorschach ha llamado la atención hacia el hecho de que los sueños son principalmente kinestesias, esto es producción kinestética (25). Aún durante la vigilia el experimento de Rorschach ha demostrado que la percepción kinestética, la más creativa en la percepción, es invariablemente inhibida o se hace imposible por una actitud de atención fija, por el esfuerzo de voluntad hacia el control y la buena ejecución y se facilita dando rienda suelta a las ideas propias, lo que se le ocurra a uno, sin esforzarse en ejecuciones ambiciosas. El sueño es naturalmente, una producción mental sin ningún esfuerzo consciente, en la cual el soñador se deja llevar por las imágenes evocadas por su fantasía. En ese sentido el sueño sería lo contrario del trabajo como se conoce en la civilización occidental, lo contrario de la eficiencia. Al despertar es posible retener un sueño, como Rorschach lo ha indicado, si uno permanece perfectamente quieto y no abre los ojos; pero el primer movimiento, especialmente uno activo como el saltar de la cama, muy frecuentemente lo hace escapar hacia el olvido. En otras palabras, el retorno al mundo externo por medio de la actividad motora y del cambio de la atención y percepción hacia el medio ambiente conduce al olvido del sueño. Este proceso es muy generalizado y, hasta donde he podido observar, no tiene relación alguna con el contenido específico del sueño. De tal modo, parece que se originara de la incompatibilidad entre la actitud extroversiva de la vigilia y la actitud introversiva del sueño, más bien que de la resistencia a esfuerzos específicos, los cuales se expresan en los pensamientos del sueño. El antagonismo entre la actividad motora y el recuerdo de los sueños trae a la memoria las pala-

(25) Rorschach, Hemann, *Psychodiagnostics: A Diagnostic Test Based on Perception* (English Edition by Paul Lemkau and Bernard Kronenberg); Berne, Switzerland, Hans Huber, 1942; p. 72. Como los sueños son las producciones mentales más creativas del promedio de las gentes, esto arroja luz interesante sobre uno de los descubrimientos de Rorschach, la relación entre la kinestesia y la facultad mental creativa, y parece que corrobora este descubrimiento.

bras de Proust que sólo podría recobrar su propio ser anterior «dehors de l'action, de la jouissance immédiate» (26), y que en tal momento no se atrevió a moverse para no perder la recordada memoria del pasado.

• Pero aún sin el efecto descrito de la actividad motora sobre el recuerdo voluntario de los sueños, parece obvio que los sistemas de memoria y experiencia desarrollados y formados por la vida del hombre en sociedad son mucho menos adecuados para preservar el mundo fantástico de los sueños que el recuerdo de la experiencia convencional durante la vigilia. La mente al despertar tiene de nuevo que enfrentarse con la realidad externa y con este fin tiene que movilizar todas las pautas y categorías útiles y desarrolladas para las formas sociales de vida y de trabajo convencionales; al medio ambiente hay que prestarle atención. Y la actitud de atención es a la mente lo que la actividad motora intencional es al cuerpo.

En el olvido y deformación de los sueños durante la vigilia es importante distinguir lo que se debe a la resistencia y represión de un pensamiento específico del sueño o contenido del mismo o lo que se debe a la incapacidad de los sistemas convencionales de la memoria para retener la fantástica cualidad y el extraño lenguaje de los sueños. La deformación del pensamiento del sueño que la resistencia quiere excluir de la conciencia tiene que ser distinguido del proceso de convencionalización por el cual, pasan más o menos, todos los elementos del sueño, porque el medio del lenguaje del sueño es incompatible con el medio del mundo convencional cuando se está despierto. De acuerdo con el grado de incompatibilidad, hay variaciones considerables entre distintas personas y aún entre distintas culturas. Pero la civilización occidental moderna con su eficiencia, su cultura de masa uniforme y su énfasis utilitario de producción material lucrativa está en el polo opuesto del mundo de los sueños (27).

La amnesia del sueño y la amnesia de la primera infancia tienen causas relacionadas. Experiencia y pensamiento que trasciendan de los sistemas convencionales de la cultura se en-

(26) Referencia nota marginal 3; p. 14.

(27) Concerniente al peculiar lenguaje del sueño, compárese también el trabajo *The Meaning of Dreams*, de Erich Fromm.

cuentran en muy pocas personas relativamente. Sin embargo, en los sueños y en la primera infancia si son universales: en la primera infancia porque la espontaneidad del niño todavía no se ha amortiguado ni canalizado por las pautas convencionales de la cultura; en el sueño porque la sujeción a estos convencionalismos, la sujeción a la realidad, hasta cierto punto cede al estar el soñador desconectado temporalmente del contacto con la realidad exterior por la suspensión de la actividad motora y de la percepción. Es esa cualidad trans-esquemática de la experiencia en la primera infancia y en los sueños que hace tan difícil o imposible para las categorías de la memoria la retención y el recuerdo voluntario de tal experiencia. Y es en esta cualidad también que se encuentran todas las potencialidades del progreso, por encima del patrón convencional, para el ensanche y mejoramiento de la vida humana, siempre presentes y esperando ser libertadas.

El tema principal de mis consideraciones ha sido hasta ahora la de descubrir las causas del olvido de la primera infancia y de otras experiencias trans-esquemáticas. ¿Cuáles son entonces las cualidades de esa relativamente rara reminiscencia por medio de la cual la vida pasada individual y la experiencia perdida, son recordadas y cuáles son las condiciones que la favorecen? El velo de la amnesia que cubre la experiencia pasada bajo los sistemas de la memoria voluntaria algunas veces se levanta y la experiencia perdida es recobrada. Un sueño ya olvidado, de un momento a otro es recordado. Una escena de la niñez, sepultada bajo las capas de los años de vida convencional, reaparece como si hubiera sido ayer. Los recientes experimentos de regresión de edad por medio del hipno-análisis muestran en forma dramática cómo las experiencias olvidadas hacía muchos años, ocultas en el inconsciente, son recordadas y revividas durante la hipnosis para perderse luego cuando la amnesia retorna al despertar del trance. Pero ésta es una demostración evidente solamente de la enseñanza clásica del psicoanálisis sobre las huellas de la memoria del inconsciente las cuales generalmente están inmunes al recuerdo voluntario, pero pueden ser accesibles por medio de las técnicas especiales de interpretación de los sueños, asociación libre y recuerdo bajo la acción hipnótica o de drogas que reducen la resistencia.

La oculta cualidad de estas memorias perdidas, su separación del resto de la vida, su inaccesibilidad y su incompatibili-

dad con la memoria voluntaria y con las actividades diarias convencionales y utilitarias son descritas brillantemente por Proust. El compara los recintos de las memorias perdidas a mil jarrones distribuidos en las distintas altitudes de la vida pasada de la persona, llenos con la atmósfera particular de ese período de la vida, cuyo contenido algunas veces puede ser un gesto, una palabra, un acto insignificante que, sin embargo, puede ser la llave para recuperar las experiencias perdidas, ese pasado perdido de la vida. De acuerdo con Proust, el mismo hecho de que la experiencia pasada se haya olvidado y en esa forma haya permanecido aislada como en el fondo de un valle o en la cima de una montaña, le da un incomparable aire de frescura y de vida cuando se recupera, porque no ha formado ningún lazo con el presente (28). En otras palabras, no ha sido deformada por los sistemas de la memoria, por las necesidades y temores del presente, por la rutina de la vida diaria. El punto de vista de Proust es aquí casi idéntico con el de Freud, cuya teoría de la memoria postula que solamente lo inconsciente puede dejar una huella de memoria permanente y que «volverse consciente y dejar una huella de memoria son procesos incompatibles en el mismo sistema» (29).

La huella de la memoria que ha sido apartada de todo contacto con la vida consciente actual frecuentemente adquiere en el aislamiento del inconsciente el carácter de cosa extraña para la vida presente. De ahí la sorpresa cuando es recuperada. Nuevamente Proust hace una contribución iluminadora para la comprensión de este fenómeno. Describe como, François le Champi, encontró un libro en la biblioteca del príncipe de Guermantes, que su madre le había leído cuando niño. La memoria es dolorosa al principio; en el golpe del recuerdo repentino de la escena infantil olvidada se pregunta irritado quién le causa este dolor y en el mismo momento descubre que se ve a sí mismo como un niño, él es el extraño. Al releer el título del libro, François le Champi, de repente, se siente transportado al pasado remoto y lee con los ojos de niño, de la persona que él era entonces, con los mismos ensueños y el mismo temor del día

(28) Referencia nota marginal 3; pp. 12-13.

(29) Freud, *Beyond the Pleasure Principle*; The International Psychoanalytical Press, London 1922; p. 28. Véase también, *The Interpretation of Dreams*; referencia nota marginal 7; pp. 488-491.

siguiente, que había sentido entonces (30). La razón de la extrañeza de tan repentinos y vívidos recuerdos hasta ahora olvidados es que tal experiencia contrasta y es ajena al estado presente de la persona y a sus preocupaciones conscientes. Las categorías de la memoria voluntaria acomodan solamente lo familiar y convencional de acuerdo con la vida presente. El recuerdo involuntario del pasado olvidado, frecuentemente, se entremete en esta vida presente como un elemento extraño y ajeno. La persona que uno fue entonces, el niño que Proust ve en la escena recordada, hace mucho tiempo que ha sido sepultada bajo los años de rutina social, de necesidades e intereses cambiados, de preocupaciones presentes. Se ha convertido en un extraño, pero este extraño puede también afirmar una vida y unos deseos en estado de inanición y sofocados por el tiempo pasado y las presiones consiguientes.

En la obra de Proust la recuperación del pasado olvidado se caracteriza como la satisfacción suprema, llevando consigo una sensación de felicidad y constituyendo el centro mismo de la obra de arte. Este no es el sitio para discutir el profundo significado de esta valoración que, después de tres mil años del mito griego, nuevamente celebra a la memoria como la madre del arte y la poesía. Sea suficiente decir que en el conflicto de la sociedad moderna entre la adaptación eficiente y la actividad, por un lado, y la preservación y recuperación de la personalidad total, que para él sólo es posible con el más completo conocimiento del pasado del individuo, Proust define su posición contra la sociedad en favor de «sus paraísos perdidos» de su propio pasado. Y es verdad que cada recuperación genuina de experiencia olvidada, y con ella algo de la persona que uno fue entonces, lleva un elemento de enriquecimiento, le agrega luz a la conciencia, y en esa forma ensancha el panorama consciente de nuestra vida.

Este ensanche de la personalidad por la recuperación de terreno perdido y su efecto emancipador y estimulante tiene que ser distinguido de lo que me propongo llamar la actitud posesiva hacia la memoria, o hacia el pasado individual, una actitud que ocurre más frecuentemente que los casos de genuina recuperación del pasado. La actitud posesiva hacia el pasado personal, especialmente hacia los sentimientos pasados, más a

(30) Referencia nota marginal 3; pp. 30-38.

menudo imaginados que reales, me parece la esencia del sentimentalismo. Quien tiene esta actitud se aplaude a sí mismo, sintiéndose una gran persona por haber tenido esos sentimientos o esa experiencia. Es la misma actitud que conduce a una especie de satisfacción en propiedad del carácter del mismo sujeto. El carácter, los sentimientos, el pasado son mirados como posesiones de valor que aumentan el prestigio de su dueño. En un análisis más detenido, generalmente resulta que estos tesoros son espúrios (31). La actitud posesiva hacia el pasado impide, en lugar de aumentar, el logro de la conciencia y el ensanche del campo de la vida, que se obtienen con el rescate de la experiencia olvidada.

Como la experiencia perdida es inaccesible al recuerdo voluntario e incompatible con las categorías de la memoria convencional, tenemos el interrogante de cómo es posible recordar estas experiencias olvidadas. Ciertamente un catálogo definitivo y completo de las condiciones necesarias para este efecto no se puede dar. Pero puede ser útil considerar algunas situaciones que típicamente favorecen el rescate de un pasado que ha sido olvidado. Proust le atribuye a las sensaciones corporales y a las percepciones la mayor importancia, más aún, importancia exclusiva, como portadoras de tan significativas memorias. La repetición accidental de una posición del cuerpo o de una percepción sensorial experimentada en el pasado, en algunas ocasiones trae consigo la visión completa de ese pasado, de la persona que se era entonces y de la manera como se veían las cosas. Es una sensación —un sentir de la posición del cuerpo o sensación del aparato perceptivo— no un pensamiento, como en el recuerdo voluntario, lo que revive el pasado.

En el relato de Proust las percepciones visuales son menos numerosas, como portadoras de tales memorias, que aquellas de otros sentidos, menos espirituales, más corporales, como la sensación de su propio cuerpo en una posición especial, el roce de una servilleta, el olor y sabor de alguna cosa, el oír un soni-

(31) La actitud posesiva hacia el pasado (pseud) recordado tiene relación estrecha y su contraparte, en la anticipación adquisitiva de la (pseud) experiencia, ya descrita, en la cual un evento en sí, no es experimentado, ni un objeto percibido, pero en su lugar se hacen las mociones del caso y un clisé preconcebido reemplaza la experiencia actual, porque el manejo de esa (pseud) experiencia promete un aumento de prestigio.

do, ruido o melodía, y no el sonido de las palabras. Todas estas sensaciones están lejos del pensamiento conceptual, del lenguaje, o de las categorías convencionales de la memoria. Renuevan en algún aspecto, un estado de la entidad psicosomática, que esta entidad ha experimentado, ha sentido, antes. Es como si tocaran directamente la huella inconsciente de la memoria, la constancia dejada por una situación total del pasado; por el contrario, el recuerdo voluntario trata de aproximarse y reconstruir este pasado indirectamente, ayudado y desviado por todas esas ideas, deseos y necesidades que le dicen a la persona presente cómo hubiera podido ser, debería haber sido, o podría haber sido el pasado. Así vemos el recuerdo del niño probablemente empieza como un reconocimiento automático o más bien una sensación nuevamente experimentada de cierto estado de su cuerpo —agradable o desagradable, satisfecho o necesitado, cómodo o tenso— y no como recuerdo consciente de experiencia anterior, tal duplicación de la sensación, más diferenciada que en la primera infancia, parece ser una base y una condición del recuerdo involuntario de experiencia olvidada. Al revivir una sensación, la actitud del yo anterior que tuvo esa sensación original se vuelve a poner en movimiento; y en esa forma el recuerdo de los objetos y sentimientos que se relacionan estrechamente con esa sensación anterior —objetos y sentimientos que el yo actual no podría percibir ni experimentar de la misma manera, porque piensa, siente y se comporta diferentemente. Por estos motivos las categorías de la memoria consciente no están preparadas para reproducir el material que se origina en un pasado histórico en el cual la persona era distinta, movida por necesidades, intereses y temores distintos de los que la mueven ahora, especialmente de aquellos que tiene conciencia actualmente. Pero toda experiencia deja una constancia, una huella de memoria inaccesible, ordinariamente, a la mente consciente e investigadora, descubriéndose algunas veces por la repetición de la sensación que ocurrió al tiempo en que se dejó la constancia.

Esta hipótesis de un tipo de recuerdo involuntario de experiencias olvidadas, parece coincidir con dos datos de la teoría y terapéutica del psicoanálisis. Uno de ellos se refiere a las memorias veladas u ocultas (Deckerinnerungen) de Freud, en la primera infancia; el otro, a descubrimientos terapéuticos de Wilhelm Reich. Freud llama la atención «al hecho de que los

primeros recuerdos de la persona frecuentemente preservan lo accidental o poco importante, siendo así que ni una huella se encuentra en la memoria del adulto de las impresiones significativas y afectivas de este período» (32). El distingue memorias ocultas regresivas, usurpadoras, y contemporáneas o contiguas. Los recuerdos indiferentes sin importancia, de acuerdo con Freud, ocultan la olvidada experiencia emocional significativa. Si la imagen recordada ha precedido a la experiencia significativa, la interpreta como una memoria oculta regresiva; si sigue a la experiencia la llama memoria usurpadora; si pertenecen al mismo tiempo, la memoria oculta es contemporánea o contigua. Para simplificar las cosas hablaré solamente de la memoria oculta contigua. El punto pertinente a los problemas presentados en este ensayo, concierne a la naturaleza de la conexión asociativa entre la memoria oculta y la experiencia emocional significativa olvidada. Es mi impresión que usualmente, si no siempre, esta conexión es muy similar a la descrita por Proust entre el sabor de la Medaleine y el recuerdo de su niñez, la sensación del pavimento disparejo y el recuerdo de Venecia y todos los otros casos en que los objetos aparecían insignificantes y sin embargo despertaban las más significativas memorias olvidadas. En el análisis de tales memorias al parecer tan indiferentes, como el recuerdo de un mueble, un corredor, una estufa en la casa paterna, una prenda de vestir del niño o de sus padres, he encontrado frecuentemente que es posible, no solamente rescatar la emoción «detrás» de esta memoria oculta, sino descubrir que lo que aparentemente era un objeto indiferente, no lo era tanto al fin de cuentas. Muy frecuentemente los sentimientos con que se vio este objeto, el «aura» perceptiva del objeto, era una condensación de emociones significativas en las relaciones interpersonales del niño en esa época. Hubo un tiempo, en otras palabras, en que la manera de percibir el objeto, ahora indiferente, contenía en forma compleja, condensada e inarticulada, la esencia de la vida del niño entonces. Que un simple percepción contenga tal material condensado no es tan sorprendente como podría parecer. La prueba del psicodiagnóstico de Rorschach se basa en el hecho de que según sea la manera de ver de la persona así es la persona y que es posible llegar a conclusiones significativas en cuanto a estructura y conflic-

(32) Freud, *Psychopathology of Everyday Life*; referencia nota marginal 7; p. 62.

tos de la personalidad analizando los procesos de su percepción visual. En muchos casos de memorias ocultas contiguas, posiblemente en todos, el objeto indiferente no es tanto el elemento significativo como el aura perceptiva de este objeto en la niñez, la percepción, las cualidades y características individuales que contienen al niño, como si dijéramos, que una vez vio este objeto (el pequeño extraño de quien habla Proust, el adulto, cuando la percepción del libro François le Champi le trae toda la atmósfera de la época cuando este libro le era leído por su madre). En el período de crecimiento, el rótulo del lenguaje y el correspondiente esquema convencional de la memoria reemplazan la percepción viva del objeto. Así la percepción significativa individual se pierde, el objeto pierde su aura, y sólo su nombre queda; y su clisé o retrato indiferente convencional puede ser recordado voluntariamente por medio de las categorías convencionales de la memoria. Pero algunas veces es posible, insistiendo, revivir la percepción, el aura infantil del objeto y en esta forma también llegar a las experiencias emocionales significativas que dieron al objeto en ese tiempo su aura única. Una vez que la cualidad clisé del objeto o de la escena recordada voluntariamente en la memoria oculta es descartada, se puede penetrar hasta la huella de la memoria dejada por la sensación viva, la percepción individual de este objeto como fue experimentada por esta persona en el pasado. La memoria de la mente consciente y convencionalizada cede de esta manera a la memoria del cuerpo, de la entidad psicosomática en la cual la antigua sensación dejó una constancia no sólo del objeto sino de la configuración emocional total en que el objeto fue visto, la cual le dio el aura que lo hizo peculiarmente adecuado para volverse un símbolo del período y evento al cual se refiere.

El elemento subjetivo en la percepción, la perspectiva individual bajo la cual el objeto aparentemente indiferente fue una vez visto, se convierte en el eslabón asociativo entre la memoria oculta y la experiencia significativa. Desde este punto de vista, la memoria oculta pierde su carácter aparentemente indiferente y accidental. El objeto de la memoria oculta y la experiencia emocional significativa deben estar juntos. La experiencia significativa constituyó la atmósfera en la cual el objeto fue percibido y la cual en esa forma quedó hecha parte de ese objeto. La experiencia significativa y el objeto «accidental» ya no están separados; deben permanecer juntos y frecuen-

temente y en forma imperceptible volverse una sola unidad. La actitud perceptiva tenía relaciones cercanas o se identificaba con la actitud general del niño en sus experiencias.

Si las memorias ocultas muestran cómo esta actitud puede ser recobrada al revivir la percepción anterior del objeto que no ha sido sujeta a la esquematización y al revivir luego la actitud del niño en esa época, la técnica vegetoterapéutica de Reich ha mostrado cómo se puede recobrar la experiencia olvidada (33), empezando no por un objeto recordado, sino por los residuos e incrustaciones corporales de las actitudes de la niñez en la postura, en la expresión y en la armadura muscular. Reich ha encontrado que «la disolución de una rigidez muscular... trae a la memoria la misma situación infantil en la cual se había presentado la represión». De acuerdo con Reich, el elemento reprimido y la defensa contra ese elemento produce fijaciones musculares y cambios en la conducta vegetativa. Analizando y disolviendo la rigidez muscular, es posible revivir y traer a la conciencia la defensa contra el elemento reprimido, el elemento en sí y la memoria de la experiencia que originalmente había producido el elemento; en otras palabras, el cuerpo recuerda, como si dijéramos, lo que la mente ha olvidado y reprimido.

Los casos discutidos de recuerdo de material olvidado o reprimido tienen en común que todos apuntan hacia una «localización» de la memoria involuntaria no en la mente consciente, la que recuerda intencionalmente, ni en las categorías de la memoria, sino en la esfera que más adecuadamente, aunque en forma vaga, se describe como memoria del cuerpo o, más bien, de la entidad psicosomática. La experiencia olvidada se revive por la repetición de una sensación que ha dejado una constancia, una huella atrás; o se revive con la comprensión de las actitudes corporales, musculares y vegetativas, volviéndolas a vivir, las cuales fueron producidas por la experiencia olvidada.

Otra condición favorable para el rescate de la experiencia olvidada que la mente consciente es incapaz de recordar voluntariamente es suministrada por la situación psicoanalítica de asociación libre. El factor significativo de esta asociación se

(33) Wilhelm Reich, *The Function of the Orgasm*; Orgone Institute Press, New York 1942; véase especialmente capítulo VIII, pp. 266-325.

indica con la palabra «libre». Tres componentes pueden ser distinguidos en la libertad de asociación. El uno es el esfuerzo, que nunca tiene éxito completo, de seguir al pie de la letra la regla fundamental del psicoanálisis: eliminar el control y la censura racional, lógica y convencional de los pensamientos de la persona al comunicarlos y ceder a cualquier pensamiento o sentimiento que ocurra. Qué tanto éxito se puede obtener en este esfuerzo depende de otros dos factores importantes en la asociación libre, la libertad general interior de la persona asociadora y la relación interpersonal de la misma con el analista. Entre más rígida y controlada sea la persona, a manera de un autómatas, entre más intensamente esté su manera de pensar bajo la influencia de las categorías o esquematización del pensamiento, experiencia y sentimientos convencionales, menos podrá asociar libremente y le será más difícil recobrar cualquier experiencia olvidada que no se ajuste a los patrones convencionales que gobiernan su vida. Lo mismo ocurrirá en caso de que no pueda librarse de la búsqueda útil e intencional de alguna actividad o pensamiento, dejando que sus pensamientos vaguen. En otras palabras, entre más esté una persona dependiente y prisionera de las pautas socialmente prevalecientes de la actividad útil y eficiente —de la cual se distinguen los pasatiempos altamente uniformes más por el hecho de no ser lucrativos que por una diferencia fundamental de actitud— y entre más estén condicionadas sus experiencias y su manera de vivir a las categorías convencionales de experiencia de la cultura, menos podrá escaparse de la sujeción de estas categorías, descansando y aproximándose a ese estado de relativa libertad en el cual una experiencia olvidada puede romper la armadura de los procesos convencionales del pensamiento y de las categorías de la memoria. Como Alexander lo indica, el rescate de los recuerdos no es la causa sino el resultado del progreso terapéutico (34). El relajamiento del control rígido y de las defensas, la libertad interna más amplia llevada a efecto por el proceso terapéutico, da una oportunidad al material reprimido y olvidado para que vuelva a aparecer, porque el pensamiento con-

(34) Alexander, Franz, Concerning the Genesis of the Castration Complex; *Psychoanalytic Rev.* (1935) 22:49-52. Véase también, Alexander, Franz, and French, Thomas M., *Psychoanalytic Therapy*; The Ronald Press Company, New York 1946; pp. 20, 163.

vencional y las categorías de la memoria no tienen ya un predominio tan exclusivo en la vida mental del paciente.

La libertad, que la situación psicoanalítica busca establecer por medio de un procedimiento controlado y determinado, es una condición esencial para la posibilidad de recordar verdaderamente una experiencia, esto es, en forma no esquematizada. Se puede llegar a esta libertad de varias maneras. La relajación de la censura durante el sueño trae consigo mayor libertad. Las categorías de la memoria que gobiernan el recuerdo voluntario en forma tan acentuada durante la vigilia, pierden su dominio y su función cede durante el sueño y en este estado se pueden recordar las experiencias que de otra manera se hubieran olvidado, pero generalmente cambiadas y deformadas o en forma simbólica. El artista, el escritor, el poeta si han de tener derecho a su vocación deberán tener capacidad para la experiencia no esquematizada. Tienen que ser perceptivos; esto es, que experimenten, vean, oigan, sientan las cosas de una manera que trascienda las categorías culturales, convencionales de la experiencia. La emancipación relativa de estas categorías de la experiencia es también emancipación, en cualquier grado, de la esquematización convencional de la memoria; y la memoria, nos dice el mito griego, es la madre de las musas.

La memoria y el olvido hacen parte de la naturaleza del hombre, que es al mismo tiempo un ser biológico y cultural, social e histórico. Los conflictos entre la naturaleza y la sociedad, como también la dinámica y los antagonismos de la sociedad, juegan un papel determinante en la memoria y en el olvido. Tratar de investigar fenómenos abstractos de la memoria es como tratar de investigar un artefacto que no existe. Esto se ha vuelto aparente en cada paso de estas consideraciones, las cuales nos han llevado hasta el punto donde ya es posible formular sus principales resultados.

La amnesia de la primera infancia puede ser considerada amnesia normal. Participan también de esta cualidad, aunque no todas, las amnesias del sueño y los constantes olvidos de aquellas partes y aspectos de la experiencia que no encajan dentro de los patrones del lenguaje y la cultura, la experiencia trans-esquemática. La amnesia normal es al mismo tiempo semejante y diferente de la amnesia patológica. Su semejanza consiste en que es causada por un conflicto entre la naturaleza

y la cultura o por un conflicto intercultural. Su diferencia consiste principalmente en el hecho de que los conflictos que causan la amnesia normal son ubicuos en la cultura y su solución es parte del desarrollo de la personalidad en esa cultura; en cambio, en la amnesia patológica, en su mayor parte, el conflicto se debe a experiencia individual traumática la cual, a pesar de ser causada también por las tensiones y los conflictos que operan en la cultura, se ha convertido en traumática por la historia particular de la persona. Se podría decir que la amnesia normal, lo que la gente usualmente no recuerda, es un índice claro de la calidad de cultura y sociedad dadas. Es aquello que no sirve a los fines de esa sociedad e interferiría con los patrones de la cultura, aquello que sería traumatizante para esa cultura, porque haría disolver sus costumbres y convencionalismos o pasaría por encima de éstos. La amnesia de la primera infancia es la más evidente y dramática expresión de un dinamismo que opera durante la vida de las personas: la deformación o el olvido de la experiencia trans-esquemática, esto es, de la experiencia para la cual la cultura no tiene patrón ni esquema.

Las culturas varían de acuerdo con el grado de intensidad con que impongan los clisés a la memoria y a la experiencia. Entre más una sociedad se desarrolle en la dirección de conformismo de masas, bien que se obtenga este desarrollo con un patrón totalitario o bien dentro de un marco democrático por medio del uso del mercado de empleos, la educación, las pautas de la vida social, los anuncios, la prensa, la radio, las películas, los libros de moda y así por el estilo, más estrictas serán las reglas de la experiencia convencional y de las categorías de la memoria en las vidas de los miembros de esa sociedad. En la historia de los últimos cien años de la civilización occidental la esquematización convencional de la experiencia y de la memoria ha sido muy prevaleciente, aumentando en forma muy acelerada.

Aún dentro de una misma cultura existen grados de variación en los distintos grupos, según sean los obstáculos para recordar la experiencia, provenientes de las categorías convencionales de la memoria y de la experiencia. Esta diferencia parece existir, por ejemplo, entre los hombres y las mujeres europeas; hay alguna razón para asumir que los hombres europeos generalmente muestran una amnesia más extensiva y penetrante.

te de la primera infancia que las mujeres (35). Una hipótesis plausible para explicar esta diferencia tendría que tomar en cuenta la diferencia marcada del nivel social de los dos sexos en Europa y especialmente la diferencia que podríamos llamar el ideal social de sí mismo del hombre en contraposición de la mujer. Esta idea de lo que el adulto, el ciudadano respetable debe ser, agranda el abismo entre la niñez y la edad adulta, más en el hombre que en la mujer. Todas las cosas pertinentes a la crianza de los niños y a la casa son del dominio de la mujer y el hombre promedio consideraría lesionada su «dignidad» al tener mayor conocimiento de estos menesteres o estar interesado en ellos. De esta manera para la mujer el recuerdo de detalles de la niñez sería consecuente con el ideal social de sí misma, cuyos intereses se suponen que estén alrededor de los niños, de la cocina y del hogar. Pero para el hombre estas cosas no tienen la suficiente «importancia», como para darles mayor atención. La aproximación a su ideal social de sí mismo es importante para su amor propio; y entre más lejos y contrario sea el ideal social de sí mismo de la imagen de la niñez, tanto más difícil será para él recordar experiencias que le muestran que él fue niño una vez. En general, las amnesias son más comunes en grupos, culturas y épocas históricas que ponen énfasis en la creencia de que la niñez es radicalmente distinta de la edad adulta, que en aquellos donde la continuidad entre la niñez y la edad adulta es más acentuada (36). La creencia de la humanidad en un paraíso perdido se repite en la mayoría de las personas en el mito individual de una infancia feliz. Como todos los mitos éste contiene elementos de verdad y de ilusión. Es el producto de deseos, esperanzas, reminiscencias y pesares y así tiene más de un significado. Esta creencia se encuentra aún en las personas que han sufrido experiencias crueles en la

(35) Comunicación verbal por Ruth Benedict. Al entrevistar varios hombres y mujeres europeas, Benedict encontró repetidamente que las mujeres recordaban bastantes detalles de su vida antes de la edad de seis años, en cambio los hombres no recordaban prácticamente nada. La gente entrevistada no constituye una muestra representativa de la población, sin embargo, la repetición del fenómeno parece indicativo de su significado más general.

(36) Para el significado general de la continuidad y discontinuidad entre la niñez y la edad adulta, véase Benedict, Ruth, *Continuities and Discontinuities in Cultural Conditioning, Psychiatry* (1938) 1:161-167.

infancia y que prácticamente no conocieron afecto por parte de sus padres. No hay duda que una de las razones de ese mito se debe a que refuerza la autoridad paterna y sirve de sostén para la autoridad convencional de la familia, aseverando que los padres fueron buenos y benévoloS haciéndolo todo en favor de sus hijos, a pesar de que la realidad hubiera sido otra; y personas que sufren, que no tienen esperanza, por lo menos quieren creer que alguna vez en la vida fueron felices. Asimismo, el mito de la infancia feliz refleja también la verdad, como el mito del paraíso perdido, que hubo una época antes de que se perdiera la inocencia animal, antes de que la naturaleza sensual en busca de placer y la cultura restrictiva del placer chocaran en la batalla llamada educación, una batalla en la cual el niño siempre sale perdiendo. En ningún otro período está la vida tan exclusiva y directamente gobernada por el principio del placer como en la primera infancia; en ninguna otra época es el hombre capaz de abandonarse, en forma tan completa, especialmente el hombre civilizado, al placer y a la satisfacción. El mito de la infancia feliz sustituye la memoria perdida de la experiencia fresca, rica y espontánea de la niñez, una experiencia que se ha perdido, porque no hay sitio adecuado en las categorías de la memoria del adulto.

La amnesia de la niñez cubre esos aspectos y experiencias de la personalidad anterior que son incompatibles con la cultura. Si fueran recordadas, el hombre pediría a la sociedad que afirmara y aceptara la personalidad total con todas sus potencialidades. En una sociedad basada en la supresión parcial de la personalidad, tal demanda, y aún la sola existencia de una personalidad libre verdaderamente, constituiría una amenaza para la sociedad. Por ese motivo se hace necesario para la sociedad que sean extinguidas las reminiscencias de una época en que las potencialidades de la vida más llenas, libres y espontáneas estaban presentes y con vida. Se pueden distinguir dos procesos que se sobreponen y enlazan entre sí al servicio de la memoria para esta finalidad. Un proceso deja las experiencias culturalmente inaceptables o inútiles y su memoria a la inanición, al no proveerles esquemas de lenguaje, de concepto y de memoria, para luego canalizar la experiencia posterior en las categorías de la experiencia de la cultura. Como la persona, en el proceso de la educación, gradualmente viene a vivir más y más exclusivamente dentro de la armadura de las cate-

gorías de la experiencia provistas cultural y convencionalmente, hay menos elementos que le recuerden de la posibilidad de experiencia trans-esquemática. Dado que las categorías de la memoria se desarrollan de acuerdo con la experiencia esquematizada, se vuelven inadecuadas para preservar y recordar experiencia trans-esquemática. Únicamente si una persona se ha escapado hasta cierto punto de este proceso de esquematización de la experiencia y de la memoria, solamente si está más diferenciada y más libre que el promedio de las personas, podrá llegar a un punto en que pueda romper los lazos de las categorías de la memoria y de la experiencia que atan su vida y su perceptibilidad. Pero generalmente se necesitan circunstancias afortunadas para poder escapar de estos esquemas de la memoria y recordar la experiencia trans-esquemática. En una cultura de alto nivel de desarrollo este proceso, que desemboca en amnesia para toda experiencia no deseable o reconocida por medio de esquemas de la memoria que sirven solamente para la experiencia culturalmente aceptable, es extremadamente complejo, flexible, sutil y penetrante.

Comparado con este proceso, el dinamismo del tabú y de la represión de la experiencia y sus esfuerzos serían como el bolillo de policía en relación con el proceso gradual, despacioso e insinuante de la educación en el cual algunas cosas simplemente no son mencionadas y otras lo son para bien del niño. Pero el dinamismo activo en la amnesia normal es más sutil aún de lo que ordinariamente se llama educación. Es una educación de la cual los educadores no se han dado cuenta y de la cual el niño no tiene sino un vago sentimiento de que algo le está pasando por ser indefenso e inarticulado. Por otra parte, aquellos esfuerzos, cualidades, y potencialidades del niño que son demasiado fuertes para morir al margen del camino de la educación, ponen en peligro los patrones sociales y culturales corrientes y tienen que ser atacados con los medios más drásticos del tabú y la represión. En esta esfera la sexualidad y el conflicto con la autoridad paterna tienen un papel central. Se podría decir que el tabú y la represión son los cañones de la sociedad contra el niño y contra el hombre, en cambio en la amnesia normal el método del bloqueo y la inanición paulatina es usado contra aquellas experiencias y memorias que no encajan en el patrón cultural y que no equipan al hombre para su papel en el proceso social. Los dos métodos de guerra se su-

plementan entre sí y en el estado de sitio impuesto por la sociedad contra las potencialidades e inclinaciones humanas que trascienden los patrones de la cultura, el cañón ayuda a mantener el bloqueo y el bloqueo y la inanición consiguiente hacen menos necesario el uso del cañón.

Hesiodo nos dice que *Lete* (olvido) es hija de Iris (lucha) (37). La amnesia, normal y patológica, es ciertamente la hija del conflicto, el conflicto entre la naturaleza y la sociedad y el conflicto en la sociedad, el conflicto entre la sociedad y el hombre y el conflicto dentro del hombre. *Lete* es la corriente subterránea del olvido, la corriente que constantemente fluye y nunca retiene. En el reino de *Lete* viven las Danaides, quienes están eternamente condenadas a verter agua en una vasija rota. Platón interpreta esto como castigo a aquellas almas necias que tienen escapes, que no pueden recordar y por lo tanto siempre están vacías (38). Pero Mnemosina es una diosa mayor y más poderosa que *Lete*. De acuerdo con Hesiodo ella fue una de las seis Titanesas de quienes todos los dioses descienden. Y fue una de las grandes obras de Júpiter haberla engendrado con las musas. La memoria no puede ser extinguida completamente en el hombre, su capacidad para la experiencia no puede ser enteramente suprimida por la esquematización. Es en esas experiencias que trascienden los esquemas culturales, en aquellas memorias de experiencias que trascienden las categorías de la memoria convencional, donde se originan todo nuevo conocimiento y toda obra de arte verdadera y donde la esperanza de progreso, de ensanche en el panorama del esfuerzo humano y de la vida, se encuentra.

(Traducido del inglés por Carlos Tafur Villalobos).

(37) Hesiodo, *Theogony*, 227.

(38) Platón, *Georgias*, 493 c 2. Para la mitología de Mnemosina y *Lete* véase Kerényi, Karl, *Mnemosyne-Lesmosyne*, in *Die Geburt der Helena*; Rhein Verlag, Zuerich 1945.